JOAQUÍN DICENTA

La conversión de Mañara

Comedia en tres actos y en verso

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

LA CONVERSION DE MAÑARA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

LA CONVERSIÓN DE MAÑARA

Comedia en tres actos y seis cuadros, en verso

original de

JOAQUIN DICENTA

Estrenada en el Teatro Cervantes, de Málaga, la noche del 2 de Diciembre de 1905

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15
1915

REPARTO

Personajes	Intérpretes
Inés	*Sra. Badillo.*
Brígida	» *Castillo.*
Criada	» *Benito.*
Don Miguel de Mañara	*Sr. Muñoz.*
Don Juan	» *Viñas.*
Don Rodrigo	» *G. de Leonardo*
Lope	» *Jerez.*
Hernando	» *Norro.*
Capitán Quirós	» *Parera.*
Anselmo	» *Guirau.*
Avendaño	» *Jiménez.*
Un hostelero	» *Perlá.*
Caballero 1.º	» *Aguado.*
Idem. 2.º	» *Gómez.*
Criado	» *Vico.*
Bebedor 1.º	» *Torres.*
Idem 2.º	» *Vico.*

Caballeros, soldados, criados, máscaras, etc.

La acción del primer acto en Flandes, la de los dos últimos en Sevilla. Fines del siglo XVII

ACTO PRIMERO

La escena representa el jardín de una finca situada en los alrededores de una población flamenca. Al fondo, la entrada y fachada principal de la finca con puerta y ventana practicables. A la puerta se llegará por una ancha escalera de cuatro peldaños con balaustrada de mármol. En el jardín, a la derecha, un bosquecillo de rosales; delante de él, un banco rústico. A la izquierda la entrada de la finca, constituída por una verja de hierro que estará cerrada al comenzar la representación, y será practicable. Los rosales ocultan el sendero del bosquecillo de la verja y parte del jardín. El resto del jardín a gusto o capricho del escenógrafo. A la izquierda habrá dos rompientes, y otra en el lateral derecha, en segundo término.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece HERNANDO detrás de la verja, haciendo señas y silbando a BRÍGIDA, que sale de la casa y se dirige hacia donde está Hernando. mirando a todas partes y demostrando con sus actitudes precaución y recelo. Hernando vestirá traje de soldado en los tercios de Flandes. Brígida de dueña. Representará, el primero, 25 años; la segunda, de 55 y 60.

BRÍGIDA (Con misterio.)

¡Imprudente! ¿A qué te plantas
en mitad de la alameda
silbando como un forzado
y haciendo gestos y señas?
¿Crees que yo no te veo,
o pretendes que nos vean
los otros, y a mí me emplumen

y a ti te paguen la urgencia
de los silbidos y gestos
con unos tratos de cuerda?

HERNAN. Hasta salir don Rodrigo
oculto tras de la cerca
anduve.

BRÍGIDA Pero bien sabes
que siempre en la casa quedan
criados que son espías
de que a doña Inés rodea.
Anselmo, hoy su mayordomo,
su paje, cuando el amo era
joven y en viles hazañas
gastaba tiempo y hacienda,
está en la casa. Si Anselmo,
hablando, nos sorprendiera
aquí...

HERNAN. Para que no ocurra,
la conversación abrevia,
y este papel que me ha dado
don Juan, a doña Inés lleva.
Contestación dí que tiene;
añade que mi amo espera
a cien pasos de estos muros,
y trae pronto la respuesta.

BRÍGIDA Aquí no; la verja sigue
y da a los tapiales vuelta:
del edificio a la espalda
existe un postigo. Acecha
junto a él; junto a él no es fácil
que me observen ni te vean.
Allí me aguardas oculto;
allí iré con la respuesta,
y ¡ojalá! salgamos pronto
de epístolas y de rejas,
de citas y de misterios,
y estar como almas en pena
por su amor, galán y dama;
por sus huesos, paje y dueña.
Trae.

(Queriendo coger la carta que lleva Hernando. En este momento aparece Anselmo en la puerta de la ca-

sa. Llevará el sombrero puesto y ceñirá espada y dos pistoletes al cinto.)

HERNAN. ¡Cuidado; viene gente!

(Tratando de retirarse. Anselmo, al ver a Brígida hablando con Hernando, se dirige precipitadamente a la verja.)

BRÍGIDA (Bajo.)
(Trae la carta y no te muevas,
que para tales apuros (Coge la carta.)
tengo yo artes a centenas.)
(Deteniendo rápidamente a Hernando. Alto.)
Señor soldado, la casa
porque preguntáis no es esta.
Aquí mora don Rodrigo
de Atienza. Don Luis Seseña,
el gobernador, reside
al cabo de la alameda.
Llegue a su fin, tome luego
hacia la mano derecha,
y dará con lo que busca.
Id con Dios.

HERNAN. Dios con vos sea.

(Vase Hernando. Brígida se vuelve, manifestándose muy sorprendida de ver a Anselmo.)

BRÍGIDA ¡Vos!

ANSELMO ¿Quién era ese?

BRÍGIDA (Con naturalidad.) Un soldado
que se equivocó de puerta.

(Brígida hace ademán de retirarse. Anselmo la detiene por un brazo:)

ESCENA II

BRÍGIDA y ANSELMO. Al final INÉS.

ANSELMO Brígida, siendo yo mozo
anduve en tratos con dueñas
y no es fácil que ninguna,
ni vos, engañarme pueda.

BRÍGIDA ¿Qué dices? (Como sorprendida.)

ANSELMO Que el soldado ese
más que de preguntar señas,

las tiene, para que acudan
a su reclamo de hacerlas.
Que hay en la casa una joven
hermosa como una perla;
que es oficio de soldados
galantear a las hembras;
que nunca hicísteis repulgos
a una bolsa bien repleta;
que en doña Inés, mi amo tiene
esperanza y miras puestas,
y que vos tendréis el cuello
a dos dedos de la cuerda
si otra vez con hombre alguno
platicais junto a la verja.
Eso digo.

BRÍGIDA ¡Una y mil veces
Jesús! ¿Tales cosas piensa
de mí? Aunque mis desventuras
me hayan traído a sirvienta,
nací en hidalgos pañales.

ANSELMO ¿Aun los pañales recuerda?
¡Ya es memoria! Hoy ciñe tocas
dueñiles; debajo de ellas
es más fácil que con santas
toparse con...

BRÍGIDA (Interrumpiendo.) No me ofenda;
no me insulte; ¡a don Rodrigo
engañar yo! ¿Su obediencia
desconocer? Ni lo afirme
ni lo presuma siquiera.

ANSELMO ¡Doña Inés!... (Receloso.)

BRÍGIDA La pobrecilla
en Dios solamente piensa,
y en complacer a nuestro amo
que es su Dios sobre la tierra.

ANSELMO Por ser esto así, es preciso
que entre el amo y Dios y ella
no se entre el tercio de Flandes,
honrada e hidalga dueña.

(Aparece Inés en la escalera de la casa, y desciende al jardín, dirigiéndose donde está Brígida.)

BRÍGIDA ¡Os juro que yo!

ANSELMO ¡Silencio!
¡Hacia aquí doña Inés llega!

ESCENA III

BRÍGIDA, ANSELMO e INÉS.

BRÍGIDA ¡Es un ángel!
(Por doña Inés, que avanza muy despacio como preocupada y triste.)
ANSELMO (A Inés.) Don Rodrigo
ordenóme que advirtiera
a vuestra merced, que asuntos
de precisa diligencia
a la ciudad le llamaban.
También que aguardéis su vuelta
me ha ordenado suplicaros.
INÉS Será hecho como lo ordena.
ANSELMO ¿Mandáis algo?
INÉS (Indiferente.) Nada, Anselmo.
(Toma asiento en el banco rústico que hay junto al plantel de rosales.)
ANSELMO Entonces con vuestra venia...
(En actitud de despedida.)
BRÍGIDA ¿Salís?
ANSELMO ¿Acaso olvidásteis
que el amo celebrar piensa
mañana mismo su boda
con doña Inés, y que apremia
el tiempo, si como es justo
ha de ser digna la fiesta
de un novio tan gran señor
y de una novia tan bella?
(Se inclina delante de Inés y se dirige hacia la verja.)
INÉS ¡Mañana!
(Levantándose en actitud de enérgica desesperación.)
¡Nunca!
BRÍGIDA (Conteniéndola.) Señora.
Disimulad. Aun nos quedan
horas. Las horas son siglos
para quien las aprovecha.
(Vase Anselmo por la verja que abre y cierra con llave.)

Sí, da tormento a las guardas ;
cierra, buen Anselmo, cierra ;
¡ cierra bien ! Lástima grande
que con toda tu experiencia
cuides el portón y dejes
descuidada la gatera.
(A Inés.)
Llamo gatera al postigo
y a esta llave contrahecha.
(Sacando una llave del bolsillo y enseñándosela a Inés.)

ESCENA IV

INÉS y BRÍGIDA.

BRÍGIDA (Guarda la llave y dice cariñosamente.)
¡ Vamos ! ¡ Enjúgad las lágrimas,
doña Inés ! Basta de penas.

INÉS ¿ Basta de penas me dices
hoy que mis penas aumentan?
¿ No ves que ese hombre, ganoso
no de mi amor, de mi hacienda,
o mañana entre sus brazos
como esclava me sujeta
o en los muros de un convento
mi dicha y mi cuerpo entierra?
¡ Infame ! Con sus mentidas
lealtades, la conciencia
ganó de mi infeliz madre
que al morir, bajo su plena
voluntad dejó mi suerte,
mi ventura y mis riquezas.
Hoy que mi oro le seduce
y mi juventud le tienta
por suya tomarme quiere...
¿ Quién habrá que me defienda
de su maldad? A su influjo
los más fuertes se doblegan.
¿ Cómo pensar en librarme
de él, si el mismo en quien entera
puse mi alma, me abandona

y sin amparo me deja? (Con angustia.)
¡Seis días ha que no viene!
¡Seis días sin que una letra
de sus manos, la esperanza
y el sosiego me devuelvan!
¡Seis días sin que sus labios
den a mi oído certezas
de su amor! ¡Y aun me dices
que eche al olvido mi pena!...
¡Poco sabéis de infortunios;
poco de amores recuerdas
cuando tales imposibles
me pides y me aconsejas!

(Rompe en sollozos y oculta el rostro en el pañuelo, que sujetan sus manos. Brígida saca poco a poco del pecho la carta que le entregó Hernando, y retira el pañuelo del rostro de Inés, haciendo un gesto picaresco.)

BRÍGIDA Para secar vuestro llanto
virtud no goza esa prenda. (Por el pañuelo.)
Quitadla de vuestros ojos
por inútil. (Poniéndole delante de los ojos la carta.)
Tomad esta.

INÉS ¡Una carta!

(Coge la carta y después de mirar el sobre, dice con mucha alegría.)

¡Suya!... ¡Es suya!...
¡Y yo insensata, yo ciega,
dudé de él! ¡Juan de mi vida!
¡Es suya! (Enseñando la carta a Brígida.)

BRÍGIDA ¡A quién se lo cuenta!

INÉS ¡Juan mío!

BRÍGIDA Romped el sello
en vez de dar tantas vueltas
al papel. Ved lo que escribe
y contestad, porque esperan
Hernando junto al postigo,
don Juan, de estos muros cerca.

INÉS ¡Está aquí! (Dirigiéndose al fondo.)

BRÍGIDA (Conteniéndola.) ¿Pero leéis
la carta, o vais a tenerla

sellada hasta que al palacio
dé vuestro tutor la vuelta?

INÉS ¡Oh, no!
(Abriendo la carta precipitadamente. Luego de leer con ansiedad los primeros párrafos.)
Me ama como siempre.
Como siempre. Aquí está puesta
la palabra. Por mandato
de sus jefes, a una empresa
militar fué con premura
tan grande, que ni siquiera
tuvo de avisarme tiempo.
¿Lo ves? ¡Fué torpe sospecha
la tuya! (En tono de reprensión.)

BRÍGIDA Debo advertiros
que la sospecha fué vuestra.

INÉS ¡Mía! ¡Perdón no merezco
si fué mía, por tenerla!...
¡Sospechar de él!

BRÍGIDA ¡Adelante,
doña Inés, que el tiempo vuela!

INÉS ¡Quiere verme! ¡Verme al punto! (Leyendo)
«A nuestra dicha interesa,
Inés de mi alma, que hoy quede
esta situación resuelta.»

BRÍGIDA Quedará; que en el postigo
me planto de una carrera
y hago que Hernando le avise.

INÉS ¿Dónde vas?

BRÍGIDA A hacer que venga.

INÉS ¡Venir! (Dudosa.)

BRÍGIDA El tan sólo puede
libraros de la tremenda
desdicha que os amenaza.
Por él voy. Como no sea
vuestro gusto ser esposa
de don Rodrigo, o ser sierva
de Dios en lugar de serlo
del mozo con más nobleza,
y más rumbo, y más bravura
y más gallarda presencia

que en los tercios castellanos
pisó la tierra flamenca.

INÉS ¡Ve, sí! El es honrado; él me ama.
¿De quién fiarse pudiera
sino de él quien en el mundo
sola como yo se encuentra?

(Brígida desaparece tras el bosquecillo de rosales.)

ESCENA V

INÉS sola. Queda releyendo la carta que le entregó Brígida. Luego de mirarla un momento.

No; no me basta seguir
con la mirada lo que él
en esta hoja de papel
escribió; lo quiero oir.
¡Palabras con que se invoca
mi amor, volveos sonidos!
¡Venid hasta mis oídos
moduladas por mi boca! (Leyendo alto.)
«Mal hiciste, si a dudar
has llegado, Inés querida,
de quien puso en ti su vida
y sin ti no puede estar.
Solo la honra del soldado
y el imperio del deber
pueden a tu Juan tener,
Inés, lejos de tu lado.
Mis horas y días son
enteros para adorar
a quien levanté un altar
dentro de mi corazón.
En ese altar como a diosa
te idolatro y te venero;
como a una reina te quiero,
te miro como a una esposa;
y eres tanto para mí
que tu existencia es la mía...
Yo sin ti no viviría
porque mi vida está en ti.»

(Levantándose. Hablando.)
¡Mi alma y mi vida en ti están!
¡No! Primero que no verte
y que dejarte y perderte,
todo.

BRÍGIDA (Saliendo.) ¡Por aquí!

(Aparece don Juan al final del bosquecillo y se dirige a Inés.)

D. JUAN ¡Inés!

(Rodeando con sus brazos a Inés.)

INÉS ¡Juan!

(Dejando caer la cabeza en el hombro de él.)

BRÍGIDA (A Hernando, que ha salido con ellos.)
Ahora tras esa enramada
vigilaremos yo y vos,
porque lo que es estos dos
ya no se enteran de nada.

(Desaparecen Hernando y Brígida tras el bosquecillo de rosales.)

ESCENA VI

INÉS y DON JUAN.

D. JUAN Entre mis brazos. Así
han de mirarte, mujer.
¡Nadie hay que tenga poder
para arrancarte de aquí!

INÉS ¡Juan! (Queriendo apartarse.)

D. JUAN (Reteniéndola.)
Ni poder ni derecho
mientras lleve este soldado
su tizona en el costado
y tu amor dentro del pecho.

INÉS ¿Sabes? (Con ansiedad y separándose de don Juan.)

D. JUAN Sé que don Rodrigo
es un cobarde rufián:
que para mañana están
prontas sus bodas contigo;
sé que si haces a su intento
la más leve oposición,

tendrás mañana prisión,
en los claustros de un convento;
sé que no hallará en la ley
favor quien por ti reclame
su justicia; es el infame
favorito del virrey.
Porque lo es no retrocede
y de tu oro y tu hermosura
apoderarse procura.
Juzga que todo lo puede,
que para él no habrá castigo
y todo lo hace y lo intenta.
(Con firmeza.)
Pues ha echado mal la cuenta,
porque no contó conmigo.

INÉS ¿Tú? (Entre alegre y espantada.)

D. JUAN Arrostraré su poder
y su orgullo y sus furores:
para evitar tus dolores,
para cumplir mi deber
el puesto de honor reclamo.

INÉS ¿Tú?

D. JUAN Yo. (Con energía y pasión.)

INÉS ¿Y me podrás salvar?

D. JUAN ¿Es que lo puedes dudar?
¿Pero no sabes que te amo?
(Coge entre sus manos las de Inés y después de mirarla la pregunta.)
¿Me amas tú?

INÉS (Con pasión.) ¡Juan de mi vida!
Demás la pregunta está.
¿No sabes que mi alma va
de tu voluntad prendida!
¡Si le amo dice! Encerrada
en esta casa viví,
y dentro de ella crecí
sin saber del mundo nada.
Ni tristeza, ni contento,
ni pena. ¿Amor? Mis amores
eran esas rojas flores
columpiadas por el viento.
Dos nombres, tan sólo dos

entre mis labios sonaban
cuando mis labios rezaban:
uno mi madre: otro Dios. (Pausa.)
Un día al jardín salí;
a esa verja me llegué;
los ojos enderecé
hacia el camino y te vi.
Te vi arrogante y galán,
de brío y juventud lleno
pasar, recogiendo el freno
de un orgulloso alazán.
Los ojos en mí pusiste
y yo los míos bajé;
sin mirarte, te miré;
el caballo revolviste,
y obligándole a pasar
por la verja lentamente
en silencio y frente á frente
repetiste tu mirar;
y ya desde aquel instante
fué verte mi único anhelo
y fué mi sólo consuelo
tenerte de mí delante.
Angustia, fiebre y enojos
fué la vida para mí
hasta que decir te oí:
«Te adoro, Inés de mis ojos.»
Al escucharte aquel día
de amor dió el grito primero
mi espíritu, el cielo entero
se metió en el alma mía.
Y desde entonces mi afán
es oirte, es adorarte,
mirarte es... Si esto es amarte
tú debes saberlo, Juan.

D. JUAN ¡Bien mío! (Con pasión y ternura.)
¡Ay de quien se opone (Con arrogancia.)
a este amor santo y honrado!
Quien a tal vileza ha osado
la vida en el juego expone.

INÉS ¿Qué dices? (Asustada.)

D. JUAN Que he de impedir

nuestro mal por cualquier medio,
y que para ello un remedio
solamente existe, huir.

INÉS ¿Huir? (Con asombro y temor.)

D. JUAN Huir sin tardar
antes que llegue mañana
y sea ya empresa vana
nuestra desdicha evitar.

INÉS ¿Huir, Juan? (Como antes.)

D. JUAN (Con energía.) Huir conmigo.
Aquí esta noche vendré
y a salvo de él te pondré
para siempre.

INÉS (Vacilante.) ¡Huir contigo!
¡Huir!

D. JUAN ¿Temes?

INÉS Nada sé
del mundo; todo lo ignoro
mas me dice mi decoro
que huyendo traición le haré,
que es en mujer deshonrosa
con su amante la huída.

D. JUAN Cuando huye como querida;
no cuando va como esposa.
(Con grandeza y solemnidad. Luego con acento de amargura.)
Poco fías en mi amor
si has llegado a presumir
que yo te propongo huir
para arrancarte el honor.
Lo hago porque así no más
puedo tenerte, librarte;
lo hago ansioso de salvarte,
de deshonrarte, jamás.
¡No lo pienses nunca! Este hombre
sufre en la vida por ver (Con tristeza.)
deshonrada a la mujer
que le dió existencia y nombre.
Un infame seductor,
justicia es que así le llame,
aunque es mi padre, un infame
robó á mi madre el honor.

Disfrutó de sus favores
y gozó de su hermosura
con promesas de ventura,
con auxilio de traidores
a quienes por castigarlos
vine a Flandes a buscar
jurando en Flandes estar
hasta poder encontrarlos.
Mi anhelo está en que aquel hombre
devuelva a mi madre nombre,
fama y honra. (Con amor y grandeza.)
¿Quieres que hoy
yo que de mi madre vi
la vergüenza y la amargura,
por gozar de tu hermosura
te la haga sufrir a ti?
No temas; por el sagrado
nombre de quien me dió vida
te juro, mujer querida,
que el amor mío es honrado;
que no te arrepentirás
nunca de haberme querido,
que a ti estoy por siempre unido
y que mi esposa serás.

INÉS ¡Juan! (Con pasión.)

D. JUAN Sólo huyendo podemos
conseguir nuestra ventura.
Si de mi lealtad segura
confías en mí, huiremos.
Tú a España, a la hermosa tierra
donde la luz del sol vi.

INÉS ¿Y tú?

D. JUAN Yo seguiré aquí
en tanto dure la guerra;
y luego, juntos los dos
haremos del patrio suelo
un nido; ¡qué un nido! ¡un cielo!
para dar gracias a Dios.
Por mi lealtad escudada
puedes seguirme. (Con recelo y amargura.)
A no ser
que al hijo de una mujer

ofendida y deshonrada,
a quien nació como yo
en este mundo nací
no juzgues digno de ti.

INÉS (Con un arranque de grandeza y pasión.)
¡Oh, no, Juan mío, eso no!
¡No lo supongas jamás!
¡No pienses en mí tal dolo!
¡Tú para mí eres tú solo!
¿Qué me importa lo demás?
Dispón, ordena, por ti
a todo resuelta estoy.
Donde tú me lleves voy;
haz lo que quieras de mí.

D. JUAN ¡Inés! (Estrechándola en sus brazos. Pausa.)
Esta noche espera.
Yo con Brígida hablaré
y todo lo dispondré.

INÉS Pero...

D. JUAN A la seña primera
bajais.

INÉS Y si por acaso...

D. JUAN Estoy yo para ampararte,
y ¡ay de quien piense ultrajarte!
y ¡ay de quien te cierre el paso!

INÉS ¿Huir hoy?

D. JUAN Sí. Necedad
aguardar más tiempo fuera;
gente prevenida espera
mi orden y mi voluntad.
Apenas concluya el día
libre y feliz vas a ser.
El nuevo sol te ha de ver
lejos de aquí, prenda mía.
(Aparece Brígida, corriendo por la senda del bosquecillo de rosales.)

ESCENA VII

INÉS, DON JUAN y BRÍGIDA.

BRÍGIDA ¡Pronto!

D. JUAN ¿Qué?

BRÍGIDA — Venid ligero,
que se acerca don Rodrigo.
INÉS — ¡Juan, por Dios!
BRÍGIDA — Venid conmigo,
que tomando este sendero
ninguno os podrá mirar.
D. JUAN — Es que necesito hablaros.
BRÍGIDA — Al postigo iré a buscaros.
¡Pronto, que van a llegar!
(Conduciendo a don Juan al término del sendero, donde desaparece con él, volviendo inmediatamente al lado de Inés. A Inés.)
¡Volaverunt!
(Vese por entre los hierros de la verja a don Rodrigo y Anselmo que llegan.)
BRÍGIDA — Vos sentada,
y platicando conmigo.
Ahora que entre don Rodrigo.
Aquí no ha pasado nada.
(Mientras Brígida habla, Anselmo abre la puerta de la verja y cede el paso a don Rodrigo, hombre de cincuenta años, que viste elegante traje flamenco de caballero. La verja queda abierta de par en par.)

ESCENA VIII

INÉS, BRÍGIDA, ANSELMO y DON RODRIGO.

ANSELMO — Todo se halla prevenido,
señor.
(Se dirigen hablando donde están Brígida e Inés.)
RODRIGO — Solamente falta
que a los piés de un sacerdote
sea mi esposa mañana.
ANSELMO — Lo será.
RODRIGO — (Con dureza.)
Si a ello se niega
que mire lo que hace. Aguarda
mis órdenes allá dentro;
ella está ahí, y he de hablarla.
(Anselmo entra en la casa. Don Rodrigo se dirige hacia Inés y Brígida.

ESCENA IX

INÉS, BRÍGIDA y DON RODRIGO.

RODRIGO ¡Dichosos los ojos míos,
Inés, que tras horas largas
de ausencia a mirarte vuelven!
(Con fingido cariño.)

INÉS ¡Señor! (Con sequedad.)

RODRIGO Salve la tardanza
motivarla mi deseo
de que en riquezas y galas,
en fausto y en homenajes
novia ninguna ventaja
te lleve.

INÉS (Con ironía.) ¿Y en alegrías
tampoco puede llevármelas?
(Don Rodrigo hace un ademán de ira que reprime inmediatamente, volviendo a su cortesanía natural.)

RODRIGO De esto es mejor hablar solos.
¡Brígida! (Indicándole con el gesto que se retire.)

BRÍGIDA Voime.
(Inclinándose. Se dirige hacia la casa.)
(Tú, charla
con ella; yo con don Juan
charlaré, y a ver quien gana.)
(Entra en la casa.)

ESCENA X

INÉS y DON RODRIGO.

RODRIGO Mal haces si por acaso
dudas que atento a tu dicha
quiero que lleves mi nombre.
De pequeña fuiste mi hija;
de mujer serás mi esposa,
y en una sola alma unidas
verás de esposo y de padre
las generosas caricias,

INÉS Suprimid torpes halagos,
evitad ruines mentiras,
y habladme, si hablais, como habla
el verdugo con la víctima.
DODRIGO ¡Inés! (Con ira.)
INÉS No; no es el respeto,
no el amor quien os incita
a tomarme por esposa,
son la ambición, la codicia,
el ansia de poseerme
las que os impulsan y os guían.
RODRIGO ¡Inés! (Como antes.)
INÉS (Con sarcasmo.) Dejad los disfraces,
que nadie os oye ni os mira.
RODRIGO Pues bien, pasión o deseo,
apetito o avaricia,
júzgalo según tus odios
o tus caprichos lo exijan.
¡Qué me importa lo que pienses
si mañana has de ser mía!
INÉS ¡Vuestra!
RODRIGO Al pie de los altares.
INÉS Primero perder la vida.
RODRIGO La vida no. Es tu existencia
a mis designios precisa. (Breve pausa.)
Estás en el mundo sola,
la ley te hizo mi pupila;
con mi fama y valimiento
poder no trae la justicia.
Nadie estorbará que seas,
si no esposa, esclava mía.
INÉS ¿Estáis seguro? (Con sarcasmo.)
RODRIGO (Con burla.) Anda; busca
quien te ayude, hermosa niña.
Busca, que no has de encontrarlo:
y escucha, pues que te obstinas
en negarte a mis deseos,
y en desafiar mis iras:
o mañana ante las gentes
del palacio en la capilla
me ofreces nombre de esposa...
INÉS ¡Nunca! (Interrumpiéndole.)

RODRIGO — O esta noche misma,
antes de que el alba apunte
sin ser por ninguno vista,
saldrás de aquí, y en un claustro,
torturada y recluída,
estarás hasta que cedas.

INÉS — ¡Torturas! ¿Y cuál sería
mayor que ser vuestra?

RODRIGO — Escoge..

INÉS — No escoge quien no vacila.

RODRIGO — ¡Con qué no!

INÉS — (Resuelta.) ¡Dicho está!

RODRIGO — (Con furia.) ¡Anselmo!
Tienes de tiempo hasta el día.

INÉS — Y mientras el día asoma
libradme de vuestra vista,
dejad siquiera que goce
en mis penas esa dicha.

(Se dirige hacia la casa, de donde habrá salido Anselmo, y entra en ella. Anselmo llega a donde está su amo.)

ESCENA XI

DON RODRIGO, ANSELMO; a poco BRÍGIDA y DON JUAN por detrás de los rosales. Antes de concluir la escena entre Inés y don Rodrigo, ha empezado a hacerse de noche, en forma que, cuando aparecen Brígida y don Juan, es ya noche completa.

ANSELMO — ¿Llamabais, señor?

RODRIGO — Llamaba.
Que a las doce la litera
esté enganchada en el patio
y con la gente dispuesta.

ANSELMO — ¿Ya con doña Inés hablasteis?
(Ademán afirmativo en don Rodrigo.)
¿Y qué; se niega? (Con asombro.)

RODRIGO — (Con cólera.) Se niega.

ANSELMO — ¿Es posible?

RODRIGO — Tan posible
como en mí vengarme de ella.

La noche tiene por suya
para volver de su idea.
Si en su obstinación persiste,
si en su locura se encierra,
y de golpe me arrebata
su fortuna y su belleza,
irá al convento. Veremos
si consigue la abadesa
que dome sus arrebatos
y sus voluntades tuerza.

ANSELMO Testarudez más extraña...

RODRIGO ¿En qué confía? ¿en qué espera?

(Aparecen don Juan y Brígida en el fondo del sendero cubierto.)

BRÍGIDA Andad despacio, que hay gente
en el jardín. Quizá sea
mejor aguardar. Son ellos.

(Luego de mirar por entre las ramas.)

D. JUAN Poco importa. Tú te llegas
al postigo; que dé Hernando
con los otros tres la vuelta
a los tapiales, y aguarde
mi aviso junto a la verja.
Tú por Inés, y en mi busca
lo antes posible con ella.

BRÍGIDA ¿Y esos? (Temerosa.)

D. JUAN (Decidido.) Si a tanto se atreven,
que a estorbar mi paso vengan.
Anda tú.

(Brígida desaparece de puntillas por el ángulo del sendero cubierto. Don Juan avanza poco a poco oculto por los rosales, hasta donde están don Rodrigo y Anselmo.)

ESCENA XII

DON RODRIGO, ANSELMO; DON JUAN oculto.

ANSELMO No desecheis
las esperanzas. Aun quedan
horas; y no horas, minutos
bastan para que las hembras

muden de opinión. En otras
peores vuestra excelencia
anduvo, y al fin y al cabo
fué adelante con su empresa.

RODRIGO Sí. (Pensativo.)

ANSELMO ¿No podéis con razones?
Obligadla por la fuerza.
Y si a la fuerza resiste,
aún el engaño os resta.
Engaños lo vencen todo,
si hábilmente se manejan.

RODRIGO Cierto.

ANSELMO Si no, haced memoria,
y recordaos de aquella
aventura en que a una dama
de calidad y de prendas,
burlásteis con vuestro amigo,
desposándole con ella.

D. JUAN ¿Qué dicen? (Prestando gran atención.)

RODRIGO (Sonriendo.) Sí, fué buen lance.
Todo un hombre mi amigo era.

ANSELMO ¡Pues y vos!

RODRIGO ¡El pobre cura!
Tal vez de rabia y de pena
muriese.

ANSELMO Vestí sus ropas;
vós llegásteis a la iglesia
cuando el alba despuntaba
con vuestro amigo y con ella;
yo los casé; su testigo
fuísteis vos. Segura presa
de su liviandad el mozo
hizo en doña Genoveva.

(Don Juan, que ha seguido con ansiedad y emoción creciente el relato, avanza al oir el nombre de doña Genoveva.)

RODRIGO ¡Linda farsa! (Riendo.)

ANSELMO (Riendo.) ¡Como suya!

(Don Juan sale del bosquecillo y se presenta ante los dos, que al verle se levantan sorprendidos.)

D. JUAN Saber su final os resta.

(Se cruza de brazos ante don Rodrigo y Anselmo.)

ESCENA XIII

DON JUAN, DON RODRIGO y ANSELMO.

RODRIGO ¿Quién sois vos?
D. JUAN Quien viene a dar
su conclusión a la historia
infame, cuya memoria
os gozais en evocar.
Cómplices de la jornada
en que se logró perder
el honor de una mujer
inocente y confiada.
¡Qué satisfechos vivíais
viendo vuestra impunidad!
¡Cómo ahora vuestra maldad
resucitando reíais!
¡Reid más! Dispuesto a hacer
coro a vuestra risa estoy.
RODRIGO Pero, ¿quién sois vos? (Asombrado y confuso.)
D. JUAN (Con fiereza.) ¿Quién soy?
¡El hijo de esa mujer!
Alguien que de esa ofendida
criatura os pide la honra.
Uno que va su deshonra
a cobrarse en vuestra vida.
(Desnudando la espada. Don Rodrigo la desnuda también.)
ANSELMO ¡A mí! (Gritando.)
D. JUAN ¡Llamad!
(Con feroz ironía. Don Rodrigo y Anselmo hacen ademán de dirigirse hacia la casa. Don Juan les corta el camino.)
No intenteis
escapar.
RODRIGO ¡Paso!
D. JUAN Eso no.
Estais aquí, y juro yo
que de aquí no pasaréis.
RODRIGO ¡Con qué no!
D. JUAN ¡No! ¡Ay madre mía,

si él es mi padre, y valerte
no puedo contra él, la suerte
a sus cómplices me envía ! ;
y por más fortuna, uno es
el miserable que osaba
a mi dicha, el que intentaba
robarme el amor de Inés. (Con feroz alegría.)

RODRIGO ¿Qué dice?

D. JUAN Que esa doncella
que tratas de esclavizar,
a mí solo puede amar,
y que yo vengo por ella.

RODRIGO ¡ Tú !

D. JUAN De aquí la arrancaré.

RODRIGO ¡ Cómo ! (Amenazador.)

D. JUAN La manera es clara.
Frente a frente ; cara a cara.
Yo de traiciones no sé.

(Avanzando hacia don Rodrigo. En este momento aparecen en la escalera de la casa doña Inés, Brígida y criados con luces y espadas. Anselmo desenganchando de la cintura un pistolete y disparando precipitadamente contra don Juan :)

ANSELMO Pues yo sí que sé.

(No le hiere. Don Juan ha desenganchado casi al mismo tiempo el pistolete que lleva a la cintura, y apuntando a Anselmo dice.)

D. JUAN Por Dios
que eres torpe al disparar.
Yo no yerro al apuntar.

(Dispara y cae Anselmo.)

ANSELMO ¡ Ay !

(En este momento, Brígida e Inés llegan al lado de don Juan, mientras los criados van hacia don Rodrigo.)

D. JUAN Ahora, nosotros dos.

(Acometiendo a don Rodrigo.)

INÉS ¡ Juan !

(Dirigiéndose a él. Señalando a los criados que avanzan, al propio tiempo que aparecen en la verja Hernando y tres soldados con las espadas desnudas.)

D. JUAN ¡ A mi espalda ! (A Inés y Brígida.)

BRÍGIDA — La gente
de la casa va aumentando.

D. JUAN — Por nada temas.
(A Hernando, que avanza con los otros.)
¡Hernando!
Haz a esta canalla frente.
(Hernando y los tres soldados acometen a los criados, mientras don Juan pelea con don Rodrigo.)
¡Y tú, villano, a mis pies
vencido, muerto caerás!
(Don Rodrigo retrocede peleando y defendiéndose.)
Inútil ir hacia atrás.
¡Por mi madre!
(Dándole una estocada. Don Rodrigo vacila, luego acomete a don Juan, que le da otra estocada.)
¡Por Inés! (Cae don Rodrigo.)

RODRIGO — ¡Ay de mí!
(Vacilante. Don Juan sostiene a doña Inés en sus brazos donde ella queda desmayada.)

D. JUAN — (A Brígida.) Brígida, vamos,
que al ruido puede venir
más gente. Es preciso huir;
pronto, el tiempo no perdamos.
(A Hernando, que se ha acercado a la verja, mientras los otros acuchillan a los criados, que se baten en retirada, con un caballo de la diestra.)
Ténla, mientras yo en la silla
monto. Al despuntar la aurora
tú, Hernando, con tu señora
y con Brígida a Sevilla.
(Inclinándose sobre el cuerpo desmayado de Inés.)
¡Inés, espérame allí!
Allí iré a exigir de un hombre
que me devuelva mi nombre
para entregártelo a ti.
(Besa a Inés en la frente, y la entrega a Hernando, y cogiendo las riendas, pone el pié en el estribo, mientras los soldados acometen en el fondo a los criados que huyen.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Una plaza en Sevilla. A la izquierda, en primer término, y avanzando sobre el escenario, lo suficiente para ser bien visto del público, el ante-portal de una hostería cubierto con techumbre de madera y ocupado por tres o cuatro mesas. Encima de dos de éstas, habrá jarros y vasos de estaño, y en rededor de todas, taburetes y bancos. En segundo término, habrá una calleja, dos en el lateral derecha. El fondo estará constituído por una casa que esquina dos calles. Al levantarse el telón, cruzarán la escena hombres y mujeres vestidos de máscaras. En el velador más próximo al centro de la escena, estará sentado, escribiendo una carta, don Miguel de Mañara. Será hombre de cuarenta y tres a cuarenta y cinco años; elegantemente vestido, con canas en el pelo y en el bigote, pero fuerte, arrogante y gallardo; personaje con aspecto propio a inspirar en las mujeres amor, y en los hombres respeto. En la mesa próxima a Mañara, llena de vasos y botellas, estarán sentados cuatro bebedores, vistiendo traje matonesco. Llevarán al cinto largos estoques de atajar, dagas y pistoletes; a la cabeza, sombreros con la falda muy exagerada, y largas capas colgando de los hombros. A la parte fuera del ante-portal, platicarán Lope y el Hostelero. Lope será hombre de cincunta años, vestirá como criado de un gran señor, llevará afeitada la cara y ceñirá espada y daga al cinto.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL DE MAÑARA, LOPE, el HOSTELERO, BEBEDOR 1.°, BEBEDOR 2.°, dos Bebedores, Máscaras y Curiosos.

BEBE. 1 (Dando un puñetazo sobre la mesa.)
Hostelero del demonio,

¿vas a traer otras botellas
pronto, o quieres que tus cascos
haga trizas con los de esta?

(Cogiendo de la mesa una botella vacía.)

HOSTE. ¡Voy al punto!
(A Lope, con quien habla.) Con permiso.

(Entra en la hostería.)

MIGUEL (Alto.) ¿Lope?
LOPE (Acercándose.) ¡Señor!
MIGUEL (Bajo.) Esa dueña,
¿qué hora te dijo?
LOPE (Idem.) Las cuatro.
MIGUEL Corriente. Lugar nos queda.

(Vuelve a escribir. Lope se retira donde estaba. Antes de concluir este diálogo, habrá salido el Hostelero de la tienda con dos botellas, que coloca sobre la mesa donde están los cuatro bebedores. Las máscaras se retiran por el fondo.)

BEBE. 1 (Al Hostelero.)
No es este el vino que dije.
¿Por quién nos tomas, babieca?
Si no sirves bien, te expones
a quedarte sin orejas.
Por lo pronto vé lo que hago
con esta pócima.

(Dando un reves a las dos botellas que caen al suelo, una muy cerca de Mañara.)

MIGUEL (Que ha dado señales de impaciencia mientras habla Bebedor 1.°, se encara con éste a seguida de caer las botellas al suelo.) Tenga
cuidado no me salpique;
y hablen con voz más queda
que estoy escribiendo, y tanta
conversación me molesta.

(Sin moverse de su asiento, pero con imperio. Los bebedores se levantan en actitud provocativa. Mañara les mira con tranquilidad.)

BEBE. 1 (Luego de titubear unos momentos, dirigiéndose a Mañara.)
Hablaré como me plazca
y haré lo que me parezca.

MIGUEL ¿Quién?... ¡Vos!

(Sin variar de postura y con burla.)

BEBE. 1 (Con arrogancia.) ¡Yo!

(Lleva la mano a la espada.)

MIGUEL (Riendo.) Quisiera verlo.
Por de pronto me despejan (Con desdén.)
el sitio, porque me place
estar solo y no me suenan
bien los oídos, cuando oigo
a valientes de taberna
ofrecer lo que no cumplen
con una espada en la diestra.
¡Con qué listo, señor guapo,
listo! Como no prefiera
de don Miguel de Mañara
saber donde el hierro llega. (Levantándose.)

BEBE. 1 }
BEBE. 2 } ¡Mañara!

(Con espanto y retrocediendo con los otros dos que les acompañan.)

MIGUEL Ese nombre llevo.
Ea, dejadme la tienda
y marchaos a otro sitio
donde por bravos os teman,
mientras doy fin a mi carta
y concluyo mi botella.

(Vuelve a sentarse y apura con sosiego un vaso de vino.)

BEBE. 1 (A los otros, bajo.)
¿Qué hacer?

BEBE. 2 (Idem.) Largarnos. Mañara
no es un hombre, es una fiera:
ceder ante él no es deshonra,
que es el rey de la guapeza.

BEBE. 1 Por ser quien sois...

MIGUEL (Con sencillez.) Pues por serlo
os hablo de esta manera.

(Se pone a escribir. Los otros pagan al Hostelero y se retiran.)

ESCENA II

DON MIGUEL DE MAÑARA, LOPE y HOSTELERO.

HOSTE. No pasan por él los años.

(A Lope, por Mañara.)

LOPE Ojalá Dios que pasaran
y ojalá Dios encontraran
sus audacias desengaños
para acabar de una vez
con vida tan desvivida;
para tener garantida
la quietud y la vejez.

HOSTE ¿Os quejáis?

LOPE Mil veces y una.
¿Creéis que estos lances son
para un hombre barrigón
y calvo como la luna?
Está bien que cuando yo era
flaco, joven y doncel,
y a más pobre, don Miguel
en andanzas me metiera.
Era fácil mi pellejo
jugar entonces, pero hoy
que gordo y casado estoy,
casi rico, casi viejo,
¿no es en mí demencia clara
escudear la locura
de ese otro loco sin cura
de don Miguel de Mañara?

HOSTE. ¿Por qué estáis con él?

LOPE Primero,
porque él manda que lo esté;
y luego porque no sé
hallarme sin él, ni quiero.

HOSTE. Entonces...

LOPE Veintitrés años
ha que le sirvo y me ordena,
nos reune una cadena
hecha con riesgos, engaños,
buenas y malas acciones,

que vivimos a la vez...
Ya próximo a la vejez
¿quién rompe los eslabones?

HOSTE. Eso sí.

LOPE (Con mal humor.) Mas lo otro, no.

HOSTE. ¿Qué?

LOPE ¡Lo qué me desespera!
Porque ¡a ver!... ¿Quién no creyera
—así lo creía yo—
que aquel que como Mañara
derrochó su mocedad,
al llegar a cierta edad,
enfermase o se cansara?
Con su manera de ser
¿era necio presumir
que mi señor, al cumplir
los cuarenta, iba a tener
asma, reuma, fatiga,
esposa... u otra cualquiera
impedimenta?... Siquiera
la más sana: echar barriga.
¡No hay de qué!... Con mi señor
los años no pueden nada.
Igual esgrime una espada
y hace torneos de amor
que antes: lo mismo vacía
cien vasos en un convite
y un caudal pone a un envite
que cuando treinta tenía.
Como presencia, ahí está.
Solo alguna hebra de plata
su cuarentena delata.
Pero con sus años va
de los jóvenes delante,
y antes que ninguno brilla,
y no hay en todo Sevilla
perdido más arrogante.
Como fué, hostelero amigo,
es y será don Miguel.
No hay quien concluya con él,
pero él concluye conmigo.

HOSTE. ¿Y ahora venís?...

LOPE — Qué sé yo.
De mil diversos lugares;
de correr tierras y mares
de donde por ir le dió.
De este continuo aburrirse
y hacer daño a los demás,
sin ser dichoso jamás
a que llama él divertirse.

MIGUEL — ¡Lope!
(Cerrando la carta que acaba de escribir.)

LOPE — ¿Qué mandáis?
(Llegando a donde está Mañara.)

MIGUEL — Ligero.
a la dueña este papel, (Dándole la carta.)
y tráeme respuesta de él
a escape, que aquí la espero.

LOPE — ¡Pues, señor!...

MIGUEL — ¿Qué?

LOPE — (Confidencialmente.) Hacéis mal.
El tiempo no corre en vano...

MIGUEL — (Con intención.)
Pues mira, Lope, esta mano
y este brazo andan igual.
Tú verás si de él y de ella
quieres memoria.

LOPE — (Asustado.) ¡Prefiero.
correr, volar!
(Sale precipitadamente por la primera bocacalle derecha.)

MIGUEL — (Alto.) Hostelero.

HOSTE. — ¿Señor? (Acudiendo.)

MIGUEL — Saca otra botella.
(El Hostelero entra en la tienda á tiempo que salen por una de las bocacalles del fondo Avendaño y dos caballeros.)

ESCENA III

DON MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, DOS CABALLEROS. Luego el HOSTELERO.

AVENDAÑO — (Dirigiéndose hacia Mañara con los otros.)
¡Mañara! (Con gran alegría.)

MIGUEL (Igual.) ¡Vos, Avendaño!
AVENDAÑO Anda la ciudad revuelta,
don Miguel con vuestra vuelta;
y como va para un año
que no os veo, cuando oí
que en Sevilla os encontrabais
y en esta casa parabais,
a buscaros vine aquí.
MIGUEL Seis días ha que llegué.
AVENDAÑO ¿Y cómo andáis tan oculto?
MIGUEL Porque una empresa de bulto
para distraerme encontré.
AVENDAÑO ¿Alguna mujer? (Con curiosidad.)
MIGUEL (Evasivamente.) Quizás.
(Dirigiéndose a los otros.)
Tomad, señores, asiento,
que os servirán al momento.
(Aparece el Hostelero con una botella de vino en la mano.)
HOSTE. Aquí está el vino.
MIGUEL Trae más.
(Todos se sientan en torno de la mesa, ocupada por don Miguel.)
CABA. 1 Tal merced...
MIGUEL Vuestra es, no mía;
(Sale el Hostelero. Don Miguel coge una botella y llena los vasos que todos levantan.)
que a vasos de Jerez llenos
unís de amigos tan buenos
la envidiable compañía.
(El Hostelero entra en la hostería.)

ESCENA IV

AVENDAÑO, CABALLEROS 1.º y 2.º, DON MIGUEL DE MAÑARA
Al final el CAPITÁN QUIRÓS.

AVENDAÑO ¿Igual siempre? (A Mañara.)
MIGUEL Siempre igual.
Tenéis razón, Avendaño,
¡siempre igual! Ese es mi daño.

¡Igual siempre! Ese es mi mal.
Día tras día batallo
en pos de algo que salvar
pueda el ambiente vulgar
de mi existencia, y no lo hallo.
¿Afectos?... En la mujer
los busco, y sentir la veo,
más que el amor, el deseo;
más que la dicha, el placer.
Astutas al engañar,
fáciles para rendirse,
prontas en arrepentirse
y más prontas en pecar;
el empeño de alcanzarlas
empeño torpe sería,
a no ser por la alegría
que produce abandonarlas.
¿Los hombres?... ¡Cuán pocos son
los que en el linaje humano
os dan, al daros la mano,
con la mano el corazón!
En todos— y perdonad,
pues la excepción os concedo—
más que respeto, hallé miedo,
y envidia más que amistad.
Así por el mundo voy
buscando algo que me lleve
el alma, algo que me eleve
de la miseria en que estoy,
y no hallo. ¡Siempre igual!
Tenéis razón, Avendaño,
¡siempre igual! Ese es mi daño.
¡Igual siempre! Ese es mi mal.

CABA. I — Exageráis.

MIGUEL — ¡Si así fuese!
Si yo hallara en mi camino
algo grande, algo divino,
que mi voluntad rindiese,
¿creéis que lo que hago hiciera?
¿Creéis que no rompería
con esta existencia mía

que me aburre y desespera?
¡Si ella! (Con tono de esperanza.)

AVENDAÑO ¿Quién?

MIGUEL (Reprimiéndose.) No me hagáis caso.
Se me fué al cielo el sentido.
Dad lo hablado por no oído (A todos.)
y echad Jerez en mi vaso.
(Avendaño llena el vaso de don Miguel y los otros.)
A vuestra salud.
(Bebe al par de los otros. A Avendaño.)
Y vos,
la crónica sevillana,
¿qué contais?

AVENDAÑO Que esta mañana
llegó el capitán Quirós
de Flandes, con un tropel
de gente; que aquí estais, sabe,
y en cuando deje la nave
vendrá y hablaréis con él.

MIGUEL ¿Cuándo ha llegado?

AVENDAÑO No hará
tres horas. La gente suya,
hasta que el día concluya,
no se desembarcará.
El iba a hacerlo.

MIGUEL Por Dios,
que verle ansío.
(Aparece por una de las calles del fondo el capitán Quirós, hombre de 44 a 45 años.)

AVENDAÑO No haréis
mucha espera. (Señalando a Quirós que avanza.)
Ahí le tenéis
en cuerpo y alma.

MIGUEL (Avanzando hacia Quirós.) ¡Quirós! (Se abrazan.)

ESCENA V

DON MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, CAPITÁN QUIRÓS. Al final INÉS, BRÍGIDA y HERNANDO.

MIGUEL ¡Bien venido de la guerra,
Capitán!
(Luego que todos toman asiento en torno de la mesa.)

QUIRÓS Malo anda aquello.
La suerte volvió la espalda
a los españoles tercios.
Francia, Italia, Flandes, todas
las tierras que en otros tiempos
nos miraron vencedores,
vencidos pueden hoy vernos.
AVENDAÑO Valor nos falta.
QUIRÓS Nos faltan
la dirección y el dinero:
un general en la guerra
y un ministro en el consejo.
CABA. 1 Cuidad no os oigan.
QUIRÓS ¡Que me oigan!
Más alto decirlo pienso
ante el rey cuando le entregue
de mi general los pliegos.
MIGUEL Vaya un vaso.
(Ofreciendo uno después de llenarlo.)
QUIRÓS (Vaciándolo.) Y diez y veinte,
si es vuestro gusto. Por cierto
que aquel joven...
MIGUEL (Con interés.) ¿Juan?
QUIRÓS El propio.
MIGUEL Ha tres años no le veo,
Quirós.
QUIRÓS Pues bien, aquel mozo
que con decidido empeño
me pedísteis que atendiera
y protegiese, me ha puesto
en la situación más grave,
en el más terrible aprieto
que poner puede a su jefe
un oficial.
MIGUEL ¿Y qué fué ello?
Ya sabéis que por el mozo
muy de veras me intereso.
AVENDAÑO ¿Es pariente
MIGUEL Hijo del hombre
a quien más estimo y quiero.
Bochonoso no sería (A Quirós.)
su delito,

QUIRÓS — Ni por pienso,
que es de condición hidalga.
MIGUEL — Le viene de sangre serlo.
QUIRÓS — Pero bravo y arrogante
y enamorado e inquieto,
más pronto que a la justicia
fía a la espada sus pleitos.
Y en amores, por lo visto,
mejor aún, por lo hecho
gusta más de los atajos
que de los caminos rectos.
MIGUEL — No me sorprende, también
le viene de sangre eso.
Vamos, ¿qué fué? (Con interés.)
QUIRÓS — ¡Casi nada!
Tomar por asalto el huerto
de don Rodrigo de Atienza,
matar a éste, a su escudero,
derrengar a cintarazos
a los sirvientes, y luego
a una niña, más hermosa
que las estrellas del cielo,
robar y salir con ella
por entre vivos y muertos.
MIGUEL — (Que ha seguido con muestras de aprobación y alegría el relato de Quirós.)
¡Bien por el muchacho!
QUIRÓS — Malo,
debéis decir, porque el dueño
de la casa, favorito
era del virrey. Saberlo
éste y mandar a mi alférez
prender, fué obra de un momento.
MIGUEL — ¿Le prendió? (Con inquietud.)
QUIRÓS — Pues está claro.
Arcabucearlo su objeto
era.
MIGUEL — ¿Lo hizo? (Con sobresalto, angustia e ira.)
QUIRÓS — ¡Don Miguel!
¿No sabéis que le protejo?
Del general me fuí en busca,
reclamé a Juan por el fuero

militar, y aquí le traigo,
bajo palabra, no preso,
vigilado.

MIGUEL Ya.

QUIRÓS En la corte
el asunto arreglaremos.

MIGUEL Quirós, ¡gracias mil en nombre
de su padre!, y os advierto
que dando a Atienza la muerte,
sin quererlo y sin saberlo,
quizás cumplió sus deberes
e hizo justicia el mancebo.
(Llena de nuevo los vasos de todos y coge uno.)
Por él y por los favores
que le otorgásteis brindemos.

AVENDAÑO Y también por esa dama,
que según creí entenderos,
retraído y amoroso
os pone.

QUIRÓS ¿Dama tenemos?

CABA. 1 Será hermosa.

MIGUEL Más que hermosa.

CABA. 2 ¿Joven?

QUIRÓS ¿Cómo no ha de serlo?
(Aparecen por una de las bocacalles del fondo, Inés, Brígida y Hernando. Avendaño los ve.)

AVENDAÑO No hay duda que hermosa y joven
será, para no ser menos
que la dama que mis ojos
miran en este momento. (Señalando a Inés.)

MIGUEL ¡Ella! (Levantándose y dirigiéndose hacia Inés.)

QUIRÓS (Por Inés y aparte.) O mucho me equivoco
o es doña Inés la que veo.
(Don Miguel ha llegado junto a Inés, los otros se levantan y salen del anteportal.)

ESCENA VI

INÉS, BRÍGIDA, DON MIGUEL DE MAÑARA, CAPITÁN QUIRÓS, AVENDAÑO y CABALLEROS 1 y 2.

MIGUEL (A Inés.)
Hermosa niña, si Dios

a los mortales escucha,
¿será en mí pretensión mucha
pedir lo mismo de vos?

INÉS Vamos. (A Brígida, avanzando.)

MIGUEL No sintais agravios,
ni me miréis con enojos;
lo que os han dicho mis ojos
van a repetir mis labios.
Os adoro, y sin lograr
vuestro amor, no he de vivir.

INÉS Yo sé que no os he de oir.
Dejadme, señor, pasar.

(Con gesto imperativo. Mañara se aparta. Inés sale por el primer lateral derecha y Mañara se queda mirándola, mientras Avendaño y los dos caballeros hablan en voz baja.)

ESCENA VII

DON MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, CAPITÁN QUIRÓS y CABALLEROS 1 y 2.

MIGUEL ¿Qué poder conmigo tiene
que no tuvo otra jamás?
¿Un gesto suyo no más
mis arrogancias detiene?
¿Qué es esto?...

AVENDAÑO ¡Ja, ja, ja!

(Riendo. Los Caballeros 1 y 2 ríen también. Mañara, al oirlos, se vuelve entre confuso e irritado.)

MIGUEL (Con altivez.) ¿Os reís
de mí?

AVENDAÑO De vos, no. De ver
que al gesto de una mujer
titubeais y os rendís.
Si es esa dama la hermosa (Con sarcasmo.)
que inspira vuestra pasión,
no os saldréis con la intención.

MIGUEL ¿No? (Con arrogancia.)

AVENDAÑO (Con ironía.) Pensad en otra cosa.

MIGUEL ¿Con qué no?... ¿Habéis olvidado

que yo jamás en mi vida
empeñé lance o partida
o azar que no haya ganado?
¿No sabéis que siempre fueron
desvío y oposición
espuelas que mi pasión
avivaron y encendieron?
¿No sabéis que quien se opone
a mí, y no se me doblega,
si es hombre, la vida juega,
y si es hembra, la honra expone?
Por lo que a esa dama toca
probaré que os engañáis.
¿Qué no la tendré afirmáis?

AVENDAÑO Digo que la empresa es loca.

MIGUEL Solamente el no creer
vos que la puedo ganar,
me basta para lograr
el amor de esta mujer.

AVENDAÑO Tal vez os equivocáis.

MIGUEL (En el mismo tono.)
A que esa mujer es mía
antes que nazca otro día
van cien onzas. ¿Las parais?
(A Avendaño, con arrogantes y desafiadoras voz y actitud.)

AVENDAÑO Puestas van.

QUIRÓS (Bajo a Mañara.) Eso es locura.

MIGUEL ¿Por qué? (Alto y como antes.)

QUIRÓS (Bajo.) Porque acaso hubiese
algo que no os permitiese
dar remate a la aventura.

MIGUEL (Alto y excitado más por la provocación.)
¡Algo!... ¡Qué! ¿Otro hombre? ¿Un
[amante?

QUIRÓS ¡Mañara! (Bajo, tratando de contenerle.)

MIGUEL Mejor. Quisiera
que el diablo en persona fuera
quien se pusiese delante.
Si el diablo me disputara
los favores de esa bella,
detrás del diablo, por ella

a los infiernos bajara. (Entra Lope.)
¿Lope? Escucha.
(Habla bajo con Lope, que se va inmediatamente por la derecha. A Avendaño.)
He de venceros
y gozarla. Estos amigos
de la apuesta son testigos.
Hasta más ver, caballeros.
(Se dirige hacia el fondo.)

MUTACIÓN (En negro a ser posible.)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle. Salen Brígida y Lope por la izquierda.

ESCENA VIII

BRÍGIDA y LOPE.

BRÍGIDA Vais a volverme loca.
Tanto ir, tanto venir,
escudero del diablo,
no se hizo para mí.

LOPE (Quitándose el sombrero y secándose el sudor con el pañuelo.)
Dueña de los infiernos.
¿Creéis que este trajín
a un hombre de mi facha
le puede convenir?
De tantos ajetreos
vos sacaréis al fin
una bolsa repleta
si le sabéis servir.
Yo, al cabo de tormentos
y de zozobras mil,
¿qué hallaré? Un linternazo,
que es lo que siempre a mí
en estas aventuras
me suelen repartir.

BRÍGIDA ¿Siempre?
LOPE Sin que una falle.
Mientras a su gentil
dama, mi amo enamora
en rico camarín,
a mí del cirujano
me raja el bisturí,
o con sus manos suaves
me atrapa un alguacil.
Conque no pujé, dueña,
de su ir y su venir,
y míreme con lástima
y compasión a mí.
BRÍGIDA ¿A qué tu amo me busca?
LOPE Sería yo feliz
si a lo que os busca mi amo
me pudiéseis decir. (Señalando a la derecha.)
Pero no se atosigue
su corazón dueñil.
Pronto saldrá de dudas,
porque mi amo está aquí.
(Sale don Miguel por la derecha y se dirige donde está Brígida. Lope se retira al último término izquierda.)

ESCENA IX

DON MIGUEL DE MAÑARA, BRÍGIDA y LOPE

MIGUEL (A Brígida.)
La carta que mi escudero
te llevó, ¿está ya en poder
de esa hechicera mujer?
BRÍGIDA Debe de estar, caballero.
MIGUEL ¿Debe?
BRÍGIDA En su escarcela yo,
sin ser vista la he metido,
pero ya la habrá leído.
¿Sería mujer si no?

Así ignorante de quién
en estos embrollos danza,
conservo su confianza
y os sirvo a vos.

MIGUEL Está bien.
Satisfecha quedarás
de mí, si soy bien servido.

BRÍGIDA He hecho cuanto habéis querido.

MIGUEL Es que tienes que hacer más.

BRÍGIDA ¿Más?

MIGUEL Mucho más. ¿Te parece
que siendo tu ama tan bella
no hay que hacer mucho por ella?

BRÍGIDA Y todo se lo merece,
que reune a su hermosura
nobleza de corazón,
de trato y de condición.
Joven, inocente, pura,
de gracia y bondades llena,
es imposible encontrar
ni rostro a su rostro par,
ni alma como su alma buena.
Su rostro...

MIGUEL (Con pasión.) ¡Rostro adorado!

BRÍGIDA Es el de un ángel del cielo
cuando le sirve de velo
su cabello destrenzado.
Como son sus ojos, dos
astros del cielo caídos,
si al cielo, desvanecidos,
súben en busca de Dios.
Ni una sombra hay en la lisa
y blanca piel de su frente.
Rayo del sol en Oriente
en su boca es la sonrisa;
y cuando en su cámara entra,
cuando es llegado el instante
que de peto y guardainfante
libre su cuerpo se encuentra,
es su cuerpo encantador,
bajo el ropón desceñido,

mármol con sangre esculpido
por el cincel del amor.

MIGUEL Sigue, que la pasión mía
por escucharte se muere;
y siempre más oir quiere,
siempre más saber ansía.

BRÍGIDA ¡Pues y su alma!... Si hay virtud
en la tierra, en su alma está.
Un corazón no se da
de más noble excelsitud.
Con los pobres, generosa;
con los amigos, leal;
con los grandes, una igual;
con los humildes, piadosa;
no existen como ella dos.
Para que dichoso sea
el hombre que la posea
la puso en la tierra Dios.

MIGUEL Yo ese hombre tengo de ser.
(Con pasión y arrebato.)

BRÍGIDA ¿Vos?

MIGUEL Yo. Conseguirlo espero
y para intentarlo quiero
a tu ama ahora mismo ver.

BRÍGIDA ¿Verla? (Sorprendida.)

MIGUEL Y ser por ella amado.
Verla y gozar la ventura
de poseer la hermosura
que tus labios han pintado.
Eso quiero y eso harás.

BRÍGIDA En casa no puede ser.

MIGUEL Pues tú lo tienes de hacer.
El cómo, tú lo verás.

BRÍGIDA Ni siquiera, caballero,
sé vuestro nombre.

MIGUEL (Con impaciencia.) ¿Mi nombre?
¿Qué te importa? Soy un hombre
que te enterrará en dinero (Con desdén.)
si sus ansias satisfaces,
y te dará qué sentir
si no le quieres servir.
Conque tú verás lo que haces.

BRÍGIDA (Con la marrullería e indecisión propia a la tercera que quiere explotar su tercería.)
Si yo manera encontrara... (Pensando.)
En casa Hernando no está...
En volver aún tardará...

MIGUEL (Sacando una bolsa y poniéndola en manos de Brígida.)
Vé si esto el juicio te aclara.

BRÍGIDA ¡Oro! (Luego de mirar al interior de la bolsa codiciosamente.)

MIGUEL Tendráslo a montones
si su puerta se franquea.

BRÍGIDA Si así es...

MIGUEL Lo será.

BRÍGIDA Pues sea,
que las buenas ocasiones
no hay que perder. Id tras mí.

MIGUEL Tras de ti seguiré, dueña.

BRÍGIDA Abro, y cuando haga una seña...

MIGUEL Subo yo; ¿no es esto?...

BRÍGIDA Sí.

(Saliendo por la izquierda. Don Miguel hace ademán de seguirla, luego se detiene.)

MIGUEL ¿Buena y hermosa? Si puedo
hacer que me ame, alcanzo hoy
mi dicha.
(Hace ademán de salir y vuelve a detenerse.)
¿Por qué no voy
a buscarla?... Me da miedo
su morada profanar. (Como avergonzado.)
¿Miedo? ¡Cualquiera dijera
que es la aventura primera
que me propongo intentar!...
¿Será verdadero amor
el que en mí naciendo está,
y amor honrado, será
cobarde?
(En un arranque de soberbia y de arrogancia.)
¡Fuera temor!
Bien la gente se burlara
mirando mi cobardía.
¡Adelante! ¡Todavía

soy don Miguel de Mañara!

(Se dirige precipitadamente hacia la izquierda y sale seguido de Lope.)

MUTACIÓN (En negro también.)

CUADRO TERCERO

Habitación en la casa de Inés. Puerta al fondo. Una en la lateral derecha. En el izquierdo, en primer término, un balcón; en segundo, una puerta. A la derecha de la puerta del fondo, un bargueño; a la izquierda, un altarcito con una imagen de la Virgen. El resto del mueblaje propio á los gustos y estilo de la época; á la derecha, en primer término, habrá una mesa, y sobre ella, un velón grande de tres brazos. Al levantarse el telón, aparecen, Inés, sentada junto a la mesa. Brígida, en pie, a su lado.

ESCENA X

INÉS y BRÍGIDA.

INÉS ¡Un mes sin que de él noticia
alguna a Sevilla llegue! (Con tristeza.)

BRÍGIDA Descuido tal vez. (Con intención.)

INÉS (Con energía.) No digas
tal calumnia, ni la pienses.
¡Descuido! Aunque su descuido
para mi alma cruel fuese,
descuidado le quisiera
y no tal como lo teme
mi corazón.

BRÍGIDA Os repito
que tranquila estéis.

INÉS ¿Y crees,
Brígida, que puedo estarlo? (Con terror.)
Algo grave a don Juan sucede.
Su última carta decía
que apresado por la muerte

de don Rodrigo, aguardaba
la decisión de las leyes,
seguro de que del trance
le sacarían sus jefes.
(Con inquietud.)
¿Habló así por no afligirme?
¿Mintió por que no sufriese
yo? (Con seguridad.) Ni por eso mentido
hubiera. Mi Juan no miente.
(Cogiendo una escarcela que, metida en un cinturón, habrá sobre la mesa, y abriéndola.)
Aquí está su carta.
(Mete la mano en la escarcela y saca de ella dos cartas. Con sorpresa.)
¡Hay otra
carta! ¿Qué papel es este?
(Rompiendo el sello de la segunda carta y abriéndola. Lee.)
«Hermosa Inés...»
(Con decisión y energía.) ¿Quién, osado,
a requebrarme se atreve?
La firma... «Un hombre que os ama.»
(Arroja la carta desdeñosamente sobre la mesa. Luego se queda mirando a Brígida con gesto de sospecha.)
¿Quién pudo?...

BRÍGIDA Leedla. Puede
que así logremos el nombre
saber. (Con tono persuasivo.)

INÉS Primero conviene
averiguar quién traiciona
en mi casa sus deberes;
quién dando á juego y olvido
lo que mi fama merece,
de galanes misteriosos
en tercera se convierte.

BRÍGIDA Señora, yo...

INÉS Si tú fuiste...

BRÍGIDA No creais...

INÉS Si tú te atreves
conmigo a tanto, y al oro
de un insensato te vendes,

ve y dile lo que con cartas,
con misivas de esta especie
hago yo.

(Rompe la carta en pedazos, que arroja al suelo con gesto de desdén.)

BRÍGIDA (Disculpándose.) No me hagáis cargos
que no merezco.

INÉS (Con energía.) Si tú eres,
sea esta vez, la vez última
que a medianera te metes. (Con dignidad.)
No creas, no crea nadie
que porque sola me encuentre
habrá en el amor que siento
por Juan, flaqueza. No pienses,
no piense nadie tampoco
que mi soledad ofrece
fácil presa a los galanes
que codician mis mercedes
y filón de oro a las dueñas
que a esos galanes se venden.
Sepan ellas que conmigo
el tiempo y las mañas pierden.
Sepan ellos que yo sola
basto para defenderme.

(Se aparta de Brígida con ademán lleno de dignidad y vuelve a tomar asiento frente a la mesa dando espaldas a la puerta del fondo. Desdoblando la carta de Juan y releyéndola.)

¿Si traerá Hernando noticias?
Dicen que de Flandes viene
un barco y a esperarle ha ido.

(Releyendo la carta.)

¡Preso mi Juan!

(Deja caer el rostro entre las manos.)

BRÍGIDA (Me parece
que el caballero a mala hora
llega. Pero en fin, lo quiere
y lo paga. Haré la seña

(Lo hace con un pañuelo por la vidriera del balcón.)

y que con ella se arregle. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI

INÉS; a seguida BRÍGIDA y DON MIGUEL DE MAÑARA.

INÉS (Cogiendo la carta y leyéndola otra vez.)
¡Que no tema !... ¡Que no sufra !
¡Eso de mí, Juan pretende !...
¡Que no tema, y está preso !...
¡Que no sufra, y él padece !...
(Vuelve a su antérior actitud. Aparecen en el fondo Brígida y Mañara.)

BRÍGIDA Ahí está. (Señalando a Inés.)

MIGUEL Despeja.
(Avanza hacia Inés. Brígida se retira por el fondo. Mañara llega sin ser visto por ésta, al lado de Inés.)

MIGUEL (Inclinándose.) ¿Señora?

INÉS (Al oir la voz de Mañara se levanta sorprendida, asustada.)
¡Qué !... ¡Un hombre !
(Reconociendo a Mañara.) ¡Es él !
(Con asombro e indignación.) ¡El se atreve !

MIGUEL De amor es atrevimiento.
Ante aquella que se quiere
con amor, no se habla, se ora.
Inés, el que ora, no ofende.

ESCENA XII

INÉS y DON MIGUEL DE MAÑARA.

INÉS ¿Qué no ofende?

MIGUEL No, por Dios.

INÉS ¿No es ofensa lo que osáis
en mi casa? ¿A qué llamáis
entonces ofensa vos?
(Cin indignación y altivez.)
Idos. (Señalando la puerta.)

MIGUEL No. (Con firmeza cortés.)

INÉS (Con arrogancia.) Os haré arrojar.

MIGUEL ¡Arrojarme ! Imposible es.

(Inés se dirige al fondo.)
Estamos solos, Inés,
Sería inútil llamar.
(Inés retrocede del fondo y queda un momento como aterrada. Mañara se acerca a ella.)
Oidme, y sabed primero
que el hombre que a vuestro lado
humilde y enamorado
suplica, es un caballero.

INÉS (Que se ha repuesto de su temor. Con despreciativa altivez.)
¿Un caballero?... El vestido
os hace tal parecer.

MIGUEL Lo soy.

INÉS Vuestro proceder
os denuncia por bandido.

MIGUEL No tengáis esa opinión,
no me toméis en tan poco. (Con dulzura.)
De bandido, no; de loco (Con pasión.)
éstas mis acciones son.
Loco, que vuestros favores
no los roba, los mendiga
y por lograrlos se obliga
a todo; loco de amores,
loco sí; ¿quién no cayera
al mirarlos en locura?
¿Quién, viendo vuestra hermosura
poseerla no quisiera?
¿Quién soportara el cruel
martirio, el horrible anhelo
de estar al lado del cielo
y quedarse fuera de él?
¡Mi cielo sois!... No es razón
mandarme que el cielo deje.
¡No me ordenéis que me aleje!
¡Oidme, por compasión!

INÉS Por fuerza podréis lograr
que lleguen a mis oídos
de vuestra voz los sonidos.
Mas no podréis alcanzar
cosa otra alguna de mí.
Si a mi alma queréis mandarlos

mi alma no saldrá a escucharlos.
Está muy lejos de aquí.

MIGUEL También ella me oirá
cuando comprenda, señora,
cómo os admira y adora
el que a vuestro lado está.
Cuando conozca que este hombre
que de todo se burló,
y que siempre aparejó
al escándalo su nombre
renuncia a ser lo que es
si vuestro cariño alcanza,
si halla un eco de esperanza
en vuestros labios, Inés.

INÉS Basta.

(Apartándose de Mañara, éste se acerca a ella.)

MIGUEL Dejadme seguir,
dejad al bravo torrente
de este amor puro y ardiente
por mi garganta salir.
Dejad que os diga, señora,
y dueña del alma mía,
cómo mi amor os ansía
y cómo mi alma os adora.
Esta pasión mía, no es
deseo que abrasa el pecho
hasta verse satisfecho,
y causa hastío después;
no solo la posesión
de ese cuerpo solicita.
Pretende más; necesita
gozar vuestro corazón.
No caricias que resbalen
por la carne, sentir quiere;
otras caricias prefiere:
otras que del alma salen,
en las que los besos son
incienso que el labio vierte;
otras en que se convierte
el abrazo en oración.
Así he soñado yo amar,
ser amado así merezco.

El amor ese os ofrezco.
Ese amor vengo a buscar.

INÉS — No puedo darlo.
(Con firmeza pero sin desprecio.)

MIGUEL — (Con angustia.) ¿Qué no?... (Con ansiedad.)
Pero, ¿no me habéis oído?
¿o no me habéis comprendido?
¿o no sabéis quién soy yo?...
Ved lo que os ofrece este hombre
que siempre a su voluntad
tuvo bravura y beldad.
Yo soy...

INÉS — Callad vuestro nombre
¿Para qué lo he de saber
yo, si nunca he de escucharos
y si jamás he de amaros,
ni he de volveros a ver?...
Aun siendo vuestra pasión
cual la pintáis, ¿qué valdría
si el alma, mía, no es mía,
si es de otro mi corazón?

MIGUEL — ¿De otro? (Con sorpresa y enojo.)
(Con despecho.) ¿Y por él desecháis
vos a este hombre?

INÉS — (Con sencillez.) Si el rey fuera
lo mismo se lo dijera.

MIGUEL — Ved que a mucho os arriesgáis.

INÉS — En el amor no se manda.

MIGUEL — Sí se manda. Lo veréis
muy pronto. (Con tono de amenaza.)

INÉS — (Con desdén) Veo que hacéis
amenaza la demanda.

MIGUEL — Y yo veo que he rogado
y que el ruego inútil fué
porque otro, ¡otro hombre!
(Con furor y amenazadora decisión.) Os tendré
por fuerza si no es de grado.
(Avanzando hacia Inés con pasión y despecho.)
Os tendré porque lo quiero
y estáis a mi discreción.

INÉS — (Sin retroceder, Con desdeñosa altanería.)
No hay duda que tal acción

es propia de un caballero.
(Mañara retrocede.)
Ante una infeliz mujer
que sin defensa se hallara
ante vos, si no contara
con ella, vuestro poder
mostráis. A todo arrestado
queréis disponer de mí.

MIGUEL Yo... (Confuso.)

INÉS (Con desprecio.)
No lo hicierais así
si hubiera un hombre a mi lado.
(Con insultante ironía.)

MIGUEL (Alzando la cabeza con bravura arrogante.
¿Un hombre? (Riendo con risa burlona.)
La hora no es
de risas, pero al hablarme
de otro y con él provocarme,
risa me causas, Inés.
¡Un hombre! ¿Piensas quizás
que un hombre me diera miedo?
pues si aun vacilo y aun cedo
es porque sola aquí estás.
Busca a otro hombre; ¡tráelo aquí,
venga si quieres con él
de valientes un tropel!
Yo juro volver por ti.
Y no a ti misma entregada,
cuando él su amparo te dé,
de él, de ellos te arrancaré
con la punta de mi espada:
y ante ellos, de los agravios
que ahora causándome están
tus labios, se vengarán
dándote un beso mis labios.
(Reponiéndose. Con cortesía y firmeza amenazadora.)
Vendré a las doce. Que a esa hora
esté vuestro amante aquí
y os proteja contra mí.
(Llegando hasta la puerta del fondo e inclinándose con caballerosa cortesía.)

Hasta las doce, señora.

(Inés queda unos instantes como aterrada.)

ESCENA XIII

INÉS; al final DON JUAN.

INÉS

¿Qué pretende? ¿Qué se encierra
dentro de su alma?... ¡Qué hará!...
Su audacia espanto me da
y su energía me aterra.
¿Quién protección me daría?
¿Quién podría socorrer
y amparar a esta mujer?...
¿Quién?

(Mirando la imagen de la Virgen.)

¡Sólo Vos, Madre mía!

(Dirigiéndose hacia la imagen y cayendo a sus pies de rodillas.)

¡Señora, amparadme Vos!...
¡Virgen del cielo, valedme!...
¡Contra ese hombre defendedme,
bendita Madre de Dios!

(Inés queda de rodillas frente a la Virgen como si rezara. Aparece don Juan en el fondo vistiendo traje militar.)

ESCENA XIV

DON JUAN e INÉS.

D. JUAN

(Luego de contemplar a Inés en silencio.)

(Reza. Sus rezos serán
por mí.)

(Se dirige al lado de Inés y se arrodilla detrás de ella.)

Contigo a los pies
de Ella quiero estar, Inés.

INÉS

(Volviendo la cabeza.)

¿Qué escucho?
¡Eres tú! (Levantándose.)

D. JUAN (Levantándose.) Yo.

INÉS (Con alegría.) ¡Juan!

D. JUAN ¡Tu Juan, Inés de mi vida,
tu Juan que vuelve por ti!

INÉS ¡Juan! (Como dudando aún.)
(Con arrebato.)
¡Sí! ¡Es mi Juan! Está aquí.
(Dirigiéndose hacia la Virgen con los brazos abiertos.)
¡Oh, gracias, Madre querida!
(Cae de rodillas a los pies de la Virgen.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El teatro representa el interior de la hostería donde vive Mañara. Al fondo la entrada de la hostería. Dos puertas en el lateral derecha; en el izquierdo en primer término una puerta; en el segundo una puertecilla que supone comunicar con la bodega. En el escenario habrá convenientemente distribuídas cuatro o cinco mesas con sus correspondientes taburetes o bancos. En las dos de último término aparecerán, al levantarse el telón, dos grupos de máscaras, hombres y mujeres, bebiendo y charlando. El hostelero entra y sale con botellas, jarros, etc., que sirve. Entran por el fondo Lope y Hernando, este último en traje de soldado, cogido al brazo de Lope y en actitud de sujeto a medio embriagar.

ESCENA PRIMERA

LOPE, HERNANDO, HOSTELERO y MÁSCARAS.

HERNAN. ¡Basta ya! (Desde la puerta.)
LOPE (Tirando de él.) Otro jarro.
HERNAN. (Resistiéndose.) No entro.
Me están aguardando en casa
y he de llevarles noticias.
LOPE Si las noticias son malas,
cuando más tarde las lleves,
más la desazón retardas
de tus amos. Si son buenas,
la alegría de escucharlas
pondrá al regaño sordina
y excusas a la tardanza,

HERNAN. Pues tienes razón.
(Llegando al primer término.)
LOPE ¡Y tanto
si la tengo, camarada!
Pensar que si en el muelle
contigo no me topara,
todo un soldado de Flandes
estaría ya en la cama.
¡Valiente carnestolendas
para un mozo de tu planta!...
¡Y en Sevilla!
HERNAN. ¡Qué buen vino
en Sevilla se despacha!
En ese maldito Flandes
no hay más que cerveza amarga.
Solo allí se les ocurre
dar en vasos la cebada,
y hacer de los hombres burros
que toman el pienso en jarra.
¡En cambio aquí!...
LOPE ¡Esto es la gloria!
Del vino ya hiciste cata.
HERNAN. ¡Cómo calienta la sangre!
(Con alegría y embriagado.)
LOPE Si él la enciende, la achicharran
las mujeres.
HERNAN. ¡Qué mujeres!
(Ponderativamente.)
LOPE En el barrio de Triana
las hay...
HERNAN. (Con entusiasmo.)
¡Vámonos al barrio!
LOPE Aguarda, compadre, aguarda.
Antes de ir allá es preciso
probar un mosto que en facha
pone a un hombre de atreverse,
no a una mujer, a una sarta
de ellas.
HERNAN. Ese mosto a escapé.
LOPE (Cayó la pieza en la trampa.)
(A Hernando.)
Siéntate junto a esta mesa,

mientras pido yo el vino.

HERNAN. Anda.

(Sentándose junto a una mesa del primer término.)

¿Qué va a decir mi señora
cuando sepa...? ¡Bah!

(Encogiéndose de hombros con despreocupación e inconsciencia. Lope ha llegado donde está el hostelero, que acaba de cobrar su cuenta a las máscaras que se retiran por el fondo.)

ESCENA II

LOPE, HERNANDO y HOSTELERO.

LOPE (Al hostelero.) Destapa
dos botellas de tu vino
viejo, maese. Al destaparlas,
echas dentro de una un medio
de aguardiente y se la plantas
al lado a aquél. La otra al mío.

HOSTE. Bien. ¿De emborracharle tratas?

LOPE No es por mi cuenta, es que estorba
al amo. Nos hace falta
que se amostole y no vuelva
a ser hombre hasta mañana.

HOSTE. Rincón hallaremos donde
barrerle cuando se caiga.

(Entra en la cueva, Lope se dirige donde está Hernando.)

LOPE ¡Flandes! ¡Gran tierra!

HERNAN. ¿Estuviste
allí?

LOPE Claro.

HERNAN. ¿En la campaña?

(Sale el hostelero de la cueva con dos botellas descorchadas y dos vasos.)

HOSTE. Aquí está el vino. Más bueno
no pare lagar.

(Pone una botella y un vaso al lado de Hernando. Otra al de Lope.)

LOPE A usanza?

de los buenos bebedores,
tenemos que honrar la marca.
Una botella cada uno,
y a beber hasta apurarla.

(Llena el vaso de Hernando con la botella de éste, y el de él con la suya.)

HERNAN. ¡Uf!

(Apenas probado el vino, como si le quemase la lengua.)

LOPE Un soldado no vuelve
al enemigo la cara.
¡Arriba!

(Apurando su vaso. Hernando le imita. Lope vuelve a llenar los vasos como antes.)

El segundo en prenda
de amistad. (Bebe.)

(Luego de una ligera pausa.)

Dices que tu ama...

HERNAN. (Levantándose.)
¡Mi ama es el sol, y la luna
y las estrellas!... ¡Se me anda
la hostería!

LOPE (Haciéndole sentar.) Estate quedo,
y verás cómo se pasa.

(Volviendo a lo anterior.)

¿Es de Flandes?

HERNAN. De allí vino.

LOPE (Volviendo a llenar los vasos hasta arriba.)
(Vamos con la puñalada
de misericordia.)

(Alto a Hernando.) Bebe.

HERNAN. (Bebe.) Venga; y andando a Triana.

LOPE ¿Tendrá amante? (Llenándole el vaso otra vez.)

HERNAN. (Bebiendo.) Novio tiene.

LOPE ¿Y quién es? ¿Cómo se llama?

HERNAN. Se llama... se llama...

(En completo estado de embriaguez.)

Vamos
a Triana... Mozas guapas...
vino... (Cae de bruces sobre la mesa.)

LOPE *Requiescat in pace.* (Al Hostelero.)
Esta juventud no aguanta

la mitad que, cuando yo era
mozo, la gente aguantaba.

HOSTE. Verdad es.

LOPE Echa una mano.

(El Hostelero y Lope cogen a Hernando por debajo de los hombros, obligándole a levantarse trabajosamente.)

Vamos, amigo mío, alza.

HERNAN. ¿Me llevas al barrio?

(Casi durmiendo y vacilante.)

LOPE (Riendo.) Al barrio. (Al Hostelero.)
Ten firme, que no se aguanta.

(Sale la criada por la primera puerta derecha.)

HOSTE. ¿Niña?

CRIADA ¿Qué mandáis?

HOSTE. (Entrando por segunda derecha con Lope y Hernando.)
Un paño
por las mesas libres pasa.

CRIADA En seguida. (Limpiando las mesas.)
Está el soldado
como un zaque.

(Salen de la primera puerta derecha el Hostelero y Lope, que el Hostelero encaja tras él.)

ESCENA III

La CRIADA, LOPE y el HOSTELERO.

HOSTE. No levanta
el cuerpo en veinticuatro horas.

LOPE Con la mitad me sobraba.
Mas por si acaso en la cuenta
te has equivocado, atranca
la puerta y dame la llave.

(El Hostelero lo hace, entregando a Lope la llave.)

Ya está el pájaro en la jaula.
No, pues yo no ando muy tieso.
También las luces me bailan;
me encuentro más ágil, más
decidido.

(Fijándose en la Criada, que va a retirarse, y reteniéndola por un brazo.)

¡Oye, muchacha!

HOSTE. ¡Cuidado, que es mi sobrina!
LOPE Con cuidado he de abrazarla,
por ser cosa de tal tío.
(Riendo y abrazando a la moza.)
CRIADA ¡Quietas las manos!
(Procurando desasirse de Lope.)
HOSTE. (Cogiendo a Lope por la ropilla, con violencia.)
¡Soltadla!
(La Criada se desase de Lope y huye por la primera puerta izquierda.)
LOPE (Encarándose con el Hostelero en actitud provocativa.)
¡Eh, maese, mucho tiento
con tocarme! No es muy santa
mi condición, y podríais,
por tener las manos largas,
lograr que os las acortase
con el filo de mi daga.
(Poniendo mano con bravura y matonería a su daga.)
HOSTE. ¡A mí!
LOPE Y al diablo en persona,
si a la ropa me tocara
y se dedicase a tío
de sirvientas de posada.
HOSTE. ¡Me insultáis! (Echando mano a un taburete.)
LOPE (Desnudando la daga.) ¡Más que insultos
voy a hacer!
(Lope avanza hacia el Hostelero en el momento que aparece Mañara en el fondo.)
MIGUEL (Con reposo.) Lope, ¿qué pasa?
(El Hostelero deja el taburete en el suelo. Lope retrocede unos pasos.)
LOPE Mucho, si vos no vinierais.
Estando vos aquí, nada.
(Envainando la daga se retira a un extremo del escenario.)

ESCENA IV

DON MIGUEL DE MAÑARA, LOPE y HOSTELERO.

HOSTE. Don Miguel, vuestro escudero...
(Queriendo disculparse.)

MIGUEL Humor no traigo de charlas.
Déjame en paz.
HOSTE. Yo...
MIGUEL (Con mal humor.) ¿No he dicho
que me dejes en paz?... ¡Larga!
HOSTE. Con vuestra licencia.
(Sale por la primera derecha.)

ESCENA V

MAÑARA, LOPE. Al final, AVENDAÑO, CABALLEROS 1.º y 2.º

MIGUEL ¿Lope? (Lope se acerca.)
Dispuestos, por si hacen falta,
ten un coche y dos caballos
junto...
LOPE (Interrumpiéndole.)
No añadáis palabra:
junto de doña Inés vive.
MIGUEL Eso, en la calle inmediata.
LOPE ¿Hora?
MIGUEL Al sonar de las doce.
LOPE Haráse como se manda.
MIGUEL Si estorbos hay...
(Como hablando consigo mismo.)
LOPE A lo menos,
el criado de la dama
no estorbará. En ese cuarto
a ronquidos se despacha.
Ha de dormir dos azumbres;
conque tiene siesta larga.
MIGUEL Mal has hecho en impedirle
que a su dueña acompañara.
LOPE ¿Por qué?
MIGUEL Porque yo esta noche
encontrar en su morada
quisiera a Sevilla toda.
LOPE ¿A qué fin? (Sorprendido.)
MIGUEL (Con ira y rencor.) A demostrarla
que el obstáculo más grande
y la barrera más alta

nada son y nada sirven
contra Miguel de Mañara,
cuando el de Mañara tiene
una decisión tomada.
(Con frialdad siniestra.)
En fin, al menos habrá uno
que en defensa de Inés salga:
y ese... ¡Ese! (Con furia celosa y reconcentrada.)
Nunca más grande
sentí de matar la gana. (A Lope.)
Vete, que las horas vuelan.
(Vase Lope por el foro, a tiempo que entran por él Avendaño y los Caballeros 1.º y 2.º con las máscaras puestas. Se las quitan apenas traspuestos los umbrales de la hostería. Se dirigen a Mañara.)
¡Hola, señores!

AVENDAÑO — En máscaras
hierve Sevilla.

MIGUEL — Hostelero.
(Sale el Hostelero y don Miguel, le hace seña de que traiga vino. El Hostelero sale y vuelve con cuatro botellas de vino que coloca sobre un velador de primer término, junto al que toman asiento Avendaño, Caballeros 1.º y 2.º y Mañara. Todo esto se hace mientras sigue el diálogo que va a continuación.)

AVENDAÑO — Y nuestra apuesta, ¿cómo anda?

MIGUEL — Si, cual presumo, la noche
os pasáis fuera de casa,
no habréis hecho bien dejando
allí la bolsa olvidada.

ESCENA VI

DON MIGUEL DE MAÑARA, AVENDAÑO, CABALLEROS 1.º y 2.º
A poco el CAPITÁN QUIRÓS y DON JUAN.

AVENDAÑO — ¿Tan seguro de ganarme
estáis?

MIGUEL — Como no me niegue
su apoyo el diablo, o no llegue
la muerte al paso a cortarme,

vuestro oro contad perdido.

AVENDAÑO Con gusto lo perderé,
y disfrutar os veré
satisfecho el bien querido.

MIGUEL ¡Satisfecho! (Con remordimiento y amargura.)

CABA. 1 ¿Tendréis vos
remordimientos?

MIGUEL (Pensativo.) Tal vez
hago mal. (Procurando desechar su preocupación.)
En fin, mi juez,
si es que existe, será Dios.
De hombres yo no temo nada;
en nada les considero,
en tanto lleve dinero
mi bolsa y filo mi espada.

AVENDAÑO Una perla de hermosuras
la doncella es.

MIGUEL Reunida
será esta noche y prendida
al collar de mis locuras.

AVENDAÑO ¿Esta noche misma?

MIGUEL ¡A ver!
Pero, ¿es que vos lo dudasteis,
o es que conmigo apostásteis
creyendo que iba a perder?

CABA. 1 ¡Bravo! Hablas como conviene
al hombre que es lo que vos.
(A Mañara. Entran por el foro Quirós y don Juan.)

AVENDAÑO Alguno llega.

CABA. 1 Quirós.

AVENDAÑO Es cierto. ¿Quién con él viene?
(Quirós y don Juan se habrán detenido en el fondo.)

ESCENA VII

DON MIGUEL DE MAÑARA, DON JUAN, QUIRÓS, AVENDAÑO y CABALLEROS 1.º y 2.º. Quirós avanza donde están Mañara y los otros. Don Juan queda en la puerta mirando hacia la calle, vuelto de espaldas a la escena.

QUIRÓS (Luego de saludar a todos. A Mañara.)
Sólo un momento. El oficio

me arrebata la alegría
de tan buena compañía
esta noche.

MIGUEL ¿De servicio?

QUIRÓS Sí. Moliéndonos están.
(A don Juan. Alto.)
¿Qué? ¿No queréis acercaros?
(Don Juan entra y se dirige al grupo que forman Quirós, Caballeros y Avendaño, y dando la espalda a Mañara, que está en el otro lado.)
Permitidme presentaros
a mi alférez.
(Don Juan se inclina ante los otros, luego se vuelve y se fija en Mañara, y éste en él.)

MIGUEL ¡Cómo! ¿Es?...

QUIRÓS ¡Juan!
(Breve pausa, durante la cual manifestarán Mañara alegría y don Juan contrariedad grande.)
Estamos de servicio hoy;
que os agradara he creído
ver al mozo, y le he traído.

D. JUAN Es él. (Bajo.)

MIGUEL Las gracias os doy.

D. JUAN (A Quirós.)
¿Por qué me entrásteis aquí?

MIGUEL (Qué gallardo es!) Caballero...
(Dirigiéndose a don Juan con la mano extendida.)
honrado me considero
y es gran dicha para mí
vuestra mano estrechar. ¡Eh!
(Viendo que don Juan permanece sin darle la mano.)
¿Vais en el aire a dejarla?
(Don Juan, con acento en el que hay más tristeza que arrogancia.)

D. JUAN Que yo no puedo aceptarla
sabéis de sobra.

MIGUEL ¿Por qué?
(Movimiento de sorpresa en todos.)

D. JUAN Porque hasta que un deber, que vos
tenéis, se halle sin cumplir,
ni existe, ni ha de existir
nada entre nosotros dos.

Vos lo sabéis. Y excusad
que habiendo gente delante
haga punto en este instante.
(Se dirige al foro.)

MIGUEL Mi mano no rechazad.

D. JUAN El que como vos procede
no debe solicitarla.

QUIRÓS ¡Don Juan... !

D. JUAN De vos aceptarla,
quien es quien soy yo no puede.

MIGUEL Gracias a ser yo quien soy
y a ser quien sois debeis dar.
(Con cólera y altivez.)

AVENDAÑO (A Mañara.)
¿Así le dejáis hablar?

CABA. 2 Lo oigo y dudándolo estoy.

CABA. 1 ¿Vos toleráis...?

D. JUAN (A Quirós.) Capitán,
salgamos pronto de aquí.

AVENDAÑO ¿Vos sufrís?
(A Mañara, con sorpresa e indignación.)

MIGUEL Pues veis que sí,
tendré ese gusto. Don Juan,
respetadme. (Con autoridad.)

D. JUAN (Con dureza.) Hicísteis vos
un día que concluyera
mi respeto y no existiera
lazo alguno entre los dos.
Mirad el mal que causásteis
y el bien que me habéis negado;
y no os mostréis extrañado.
Recogéis lo que sembrasteis.

MIGUEL ¡Oh, basta !
Poniendo mano al puño de la espada y avanzando hacia don Juan.—Reprimiéndose.)
¡Qué iba yo a hacer !
Idos. (Señalándole la puerta.)

AVENDAÑO (A Mañara.)
¿Soportáis tal mengua,
y no arrancáis esa lengua
que os ha llegado a ofender?

(Don Juan, que se dirige hacia el fondo, se vuelve al oir a Avendaño.)

MIGUEL (Con ironía nerviosa y arrogante.)
¿Qué queréis? Yo soy así,
lunático. Ahora la luna
me dió por ahí. Alguna
vez me han de insultar a mí.
(Con ironía dolorosa.)

CABA. 1 ¡A él! ¡A Mañara insultarle!

MIGUEL ¡A mí! ¡Qué asombro! ¿Verdad?
Pues bien, por la novedad
del caso quiero dejarle;
y ofrecerme la ocasión
de saber lo que es oir
fieros, e insultos sufrir
sin darles contestación.
Muy duro es lo que se siente
al encontrarse ofendido
y callar. Yo lo he sufrido.
No creí ser tan valiente.

AVENDAÑO ¡De un niño! ¡De un mozalbete
aguantar!...
(Con sorpresa y casi despreciativamente.)

MIGUEL ¿A qué extrañaros?
Tengo yo caprichos raros.
(Con tono de amenaza.)
¡Ay del que no los respete!

AVENDAÑO ¡Mañara!...

MIGUEL ¡Ay de quien después
los tache! Al que esa osadía
tuviese, le tendería
de una estocada a mis pies;
y quien decirme intentara
las frases que de él recibo
callado, estaría vivo
lo que en decirlas tardara.

QUIRÓS Yo... (Como excusándose.)

MIGUEL No os echo, capitán,
ninguna culpa. Evitaos
excusas. (A don Juan, con tono tranquilo.)
Y vos marchaos,
marchaos pronto, don Juan,

que vuestro hablar es de loco
rematado, y ser pudiera
que más calma no tuviera
ni más paciencia tampoco.

AVENDAÑO (A don Juan.)
Sí, marchaos, o por Dios
que lo que, cuando escuchara
insultos, no hizo Mañara,
lo haga yo.

CABA. 1 ¡Y nosotros!

D. JUAN ¡Vos!

¡Y vosotros!

(Llevando la mano a la guarnición de la espada. Mañara se interpone con grandeza y solemnidad.)

MIGUEL Por mi nombre,
si hay alguno tan demente
entre vosotros que intente
poner la mano sobre este hombre,
juro por lo que sufrí
en silencio y sin hablar,
juro, y no miento al jurar,
que no da un paso de aquí,
y que lleva de mi acero
marca en la carne. Está dicho.
¿Qué queréis? Otro capricho.
(A don Juan.)
Idos en paz, caballero.

(La situación de los actores es la siguiente: Don Juan en el fondo con la cabeza baja. Quirós, al lado suyo. Avendaño y Caballeros 1 y 2, confusos y aterrados. Mañara, ocupando el centro de la escena.)

MUTACIÓN

(Esta mutación se hará dejando caer el telón, pero con gran rapidez, en forma que esté montada detrás de la primera, la segunda decoración, y no haya más que variar los bastidores y retirar los muebles.)

CUADRO SEGUNDO

Una calle de Sevilla. Al fondo, la fachada de una casa que avanza sobre el escenario, esquinando dos calles. Tendrá esta casa balcones bajos y puerta dando frente al público; el balcón central y la puerta serán practicables. Las dos calles esquinadas por la casa se pierden en las sombras del fondo. En primer término de la derecha, una bocacalle. A la izquierda, en el segundo término, otra. A la izquierda en primer término, una hornacina; dentro de ella la imagen de un Cristo, y pendiente de la parte superior de la hornacina, un farol encendido. La imagen será grande y colocada en forma que pueda ser bien vista por el público. Es de noche. La luz de la luna iluminará el balcón y la casa del fondo. El resto de la escena estará en sombras. Al levantarse el telón aparecerá en escena Lope y un Criado. Ambos llevarán largas capas, sombreros anchos y botas de viaje.

ESCENA VIII

LOPE y un CRIADO.

LOPE ¿Todo está dispuesto?
CRIADO Todo.
Al volver de la calleja
el coche y los dos caballos
vuestras órdenes esperan.
LOPE ¿Y la gente?
CRIADO Prevenida.
LOPE Bien. Si la ronda viniera,
echais a andar, y al instante
que se aleje, dais la vuelta.
Anda.

(El Criado sale por la bocacalle de la derecha a tiempo que avanza por la calle de la derecha del fondo Mañara, embozado y cubierto el rostro con una careta.)

¡Un bulto!...

(Avanzando hacia el fondo con la espada requerida.)

MIGUEL (Llegando.) El hierro quieto,
que soy yo.
LOPE (Señalando las bocacalles y la casa del fondo.)
Calma completa.

ESCENA IX

DON MIGUEL DE MAÑARA y LOPE.

MIGUEL ¿Sin novedad?
LOPE De un lado a otro
me paseo hace dos horas,
y está desierta la calle
y la casa muda y sorda.
MIGUEL Es temprano. ¿Y esos hombres?
LOPE Aguardando que dispongan
de ellos.
MIGUEL Cien años parece
cada minuto. (Paseando.)
LOPE (Mirando hacia el balcón.) Las hojas
del balcón rechinan.
MIGUEL Vamos.
Escondidos en la sombra
veremos.
(Se dirigen a la esquina de la calle de la derecha completamente envuelta en sombras. Aparece Inés en el balcón.) ¡Inés! ¿Qué aguarda?
Aguarda al otro. (Con despecho.)
(Con pasión y arrobamiento.) ¡Qué hermosa
bajo la luz de la luna
su figura se contorna!...
Besan los rayos su cutis
con suavidades mimosas,
y el rubio de sus cabellos
en nimbo de oro transforman;
en sus ojos se reflejan,
se detienen en su boca,
por la garganta resbalan,
en el alto seno tocan,
y desde allí, descendiendo
en haces sobre la ropa

con una lluvia de plata
envuelven su imagen toda.
¡Oh, mujer, cuyos amores
fueran para mí la gloria;
la redención; con desdenes
me insultas y me provocas!
Mal haces. Hasta mis brazos
soñé traer tu candorosa
imagen con blanca túnica
y con virginal corona.
No lo quisiste. Vendrás
forzada, rendida, loca,
salpicada con la sangre
del amante a quien adoras.

INÉS ¡Cuánto tarda!

(Aparece don Juan en el fondo de la calle izquierda.)

Pasos.

MIGUEL Pasos.
Que la gente se halle pronta (A Lope.)
para acudir a mi seña.
Tú con ellos.

LOPE (Dios nos coja
confesados; mejor dicho,
confesado esté el que ahora
por esa calle aparece.
Otro galán a la nota
de los muertos, y otra dama
al cartel de las deshonras.)

(Desaparece por la izquierda, a tiempo que llega junto a la casa de Inés, Juan, que vestirá capa, traje de caballero y llevará el rostro cubierto con un antifaz.)

ESCENA X

INÉS, DON MIGUEL DE MAÑARA y DON JUAN.

D. JUAN (Llegando al pie del balcón donde está Inés.)
Inés.

INÉS ¿Tú, Juan?

D. JUAN Sí: yo soy.

INÉS ¿Con el rostro disfrazado?

D. JUAN Por venir he violentado
la consigna. Si un jefe hoy
me llegara a conocer,
volver al barco me haría
y ya sabes, Inés mía,
que al barco no he de volver
sin que segura te vea
y libre del insensato
que, ofendiendo tu recato,
llegó a ti. Gozar desea
tu beldad; y, empresa rara
en ladrones, defendida
te apetece, no rendida,
no sola.

INÉS ¡Juan!

D. JUAN Cara a cara,
si no mintió, he de encontrarle.
Dicha tan grande será,
que casi intención me da
de perdonarle, al matarle.

INÉS Y si él tu vida... (Con angustia.)

D. JUAN (Con segura arrogancia.) ¿Mi vida?
Inés, desecha el temor.
Mi vida va por tu amor
amparada y defendida.
Tú eres su única señora;
¿quién robármela pudiera
si tú no mandas que muera?

INÉS ¡Juan mío!

(Suenan las doce en un reloj lejano, mientras sigue el diálogo.)

D. JUAN Las doce.

MIGUEL (La hora.)

D. JUAN La llave tira; y que acabe
su aventura ese traidor.

(Inés arroja una llave por el balcón. Don Juan la coge y se dirige hacia el portal de la casa, mientras Inés se retira del balcón, que cierra. Don Miguel sigue detrás de don Juan, y al ir éste a meter la llave en la cerradura le detiene por el brazo.)

MIGUEL ¡Caballero!

D. JUAN ¿Qué?

MIGUEL Un favor.
D. JUAN ¡Un favor! ¿Cuál?
MIGUEL Esa llave.

ESCENA XI

DON MIGUEL DE MAÑARA y DON JUAN.

D. JUAN ¿Esta llave? (Con ira.)
MIGUEL (Con calma irónica.) Para entrar
en esta casa la quiero.
Hay en ella, caballero,
mujer de tan singular
hermosura, que no ví
otra ninguna como ella
de codiciable y de bella,
y la quiero para mí.
D. JUAN Antes os falta saber
si la podréis alcanzar.
MIGUEL Eso es lo que he de intentar
y lo que vamos a ver.
D. JUAN Será inútil la intención.
Yo de la llave dispongo.
(Enseñándole la llave a Mañara y metiéndola después por entre la ropilla, en el lado izquierdo de la misma.)
Y ya veis donde la pongo:
encima del corazón.
Hasta él ha de llegar quien
la apetezca.
MIGUEL La llegada
no es difícil. Con mi espada
llego yo ahí dentro muy bien.
D. JUAN Eso es lo que ahora veremos.
¡Villano!
(Colérico y llevando la mano a la guarnición de su espada.)
MIGUEL (Con calma.) En vez de insultar
sería mejor probar.
D. JUAN Pues probemos.
MIGUEL Pues probemos.
Enfrente arde un farolillo;

no es de esperar que en la calle
curioso ninguno se halle.
De aquella luz bajo el brillo
fácil a dos caballeros
es un pleito dirimir.
Claramente ir y venir
podemos nuestros aceros
ver, bajo esa luz, los dos.
¿Os complace el sitio, amigo?

D. JUAN Sí. Tendremos por testigo
el mejor de todos: Dios.

MIGUEL ¿Dios?

D. JUAN Mi causa encomendada
le dejo.

MIGUEL Con El contad;
pero, ante todo, fiad,
señor mío, en vuestra espada;
que yo con la mía cuento
para ganar con la vida
vuestra mujer tan querida.

D. JUAN Y yo únicamente siento
que una vida nada más
tengáis; si mil vuestras fuesen,
a mi rencor pareciesen
pocas: aún querría más.

MIGUEL Sólo una tengo. Pero esa
está muy bien amparada
por el hierro de esta espada,
y cuidarla me interesa.

D. JUAN ¡A mí destruirla!

MIGUEL Andamos
contrarios de parecer.
Si gustais, vamos a ver
quien está en lo firme.

(Se dirigen frente a la imagen.)

D. JUAN (Siguiéndole.) Vamos,
que ya he tenido bastante
paciencia, y ya nada espero.

(Quitándose la capa, lo mismo que Mañara, y desnudando la espada al mismo tiempo que éste.)

¡Caed en guardia! (Lo hace él.)

MIGUEL — Caballero,
si permitís un instante.
D. JUAN — ¿Qué queréis?
MIGUEL — Pienso que fuera
cosa de desesperarnos
después esto de matarnos
sin conocernos siquiera.
Sea yo: sed vos cortés
y démonos nombre y cara.
(Quitándose el antifaz. Don Juan lo hace al mismo tiempo.)
Yo soy Miguel de Mañara.
D. JUAN — ¿Qué escucho? ¡Vos!
MIGUEL — ¿Tú? ¡Mi hijo es!
(Mañara retrocede aterrado. Don Juan baja la cabeza confuso. En este momento se abre el balcón y aparece en él Inés.)

ESCENA ULTIMA

INÉS, MAÑARA y JUAN. Inés mira hacia la puerta, luego dirige la vista a la calle y contempla a Mañara y a don Juan frente a frente.

INÉS — ¡Vas a reñir! ¡Juan amado!
(En un arranque de pasión.)
¡No: no es posible que espere!
¡Si Juan por mi causa muere
quiero morir a su lado!
(Desaparece del balcón.)
MIGUEL — ¡A mi hijo!... ¡Qué horrible acción
intentaba mi locura!
¿A él, existencia y ventura
iba a quitar?... ¡Juan, perdón!
(Durante estas palabras, Inés habrá abierto la puerta de la casa y se dirige hacia don Juan y Mañara, poniéndose junto a éste en actitud de dolor y súplica.)
INÉS — ¡Juan! (Con espanto.)
MIGUEL — No tengas más temores,
hermosa niña, por nada.
No destruirá la espada

de este hombre vuestros amores.

(Rompe la espada y la arroja a los pies de doña Inés.)

Mírala; quebrada está
y rendida ante tus pies.
Ya nunca esta mano, Inés,
a empuñarla volverá.
¿De rodillas te he pedido
amor? Ahora compasión
pedirte quiero. ¡Perdón!

(Cae de rodillas a los pies de Inés.)

D. JUAN (Conmovido y dirigiéndose hacia su padre con los brazos abiertos.)

¡Padre mío!

MIGUEL (Levantándose.) Me has vencido.
Me ha vencido su virtud
y el ser tú mi sangre. ¡No!
Hay algo que me venció
aun más; vuestra juventud.
Ella hace en tierra caer
las ilusiones de este hombre.

INÉS ¡Señor! (Con gratitud.)

MIGUEL Juan, toma mi nombre
y dáselo a esta mujer.

(Arrojando a Inés en los brazos de don Juan.)

D. JUAN ¡Padre!

MIGUEL Y así a disfrutar
las glorias con que os convida
la juventud. Ella es vida.
Gozadla. Os veré gozar.

(Con resignación y grandeza).

¿Veros gozar? ¡Gozar yo
con el goce más honrado
que el cielo al hombre otorgó!
¡Contemplarse remozado
en la carne que engendró!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

3 0112 117490927

Precio: DOS pesetas